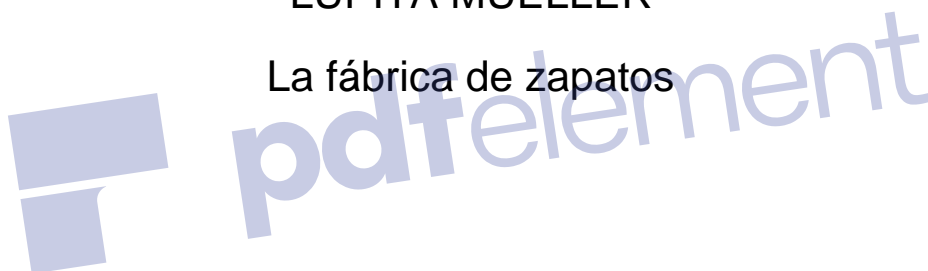


LUPITA MUELLER

La fábrica de zapatos



LUPITA MUELLER



La fábrica de zapatos

ISBN 970-682-254-2

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema -electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro- sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, corrección formato son propiedad del editor.

EDITORIAL PRAXIS, Vertiz 185-000, col. Doctores, del. Cuauhtémoc, 06720, México, Dr. tel. 57 61 31 87, telefax 57 61 94 13 www.editorialpraxis.com



El hombre trabaja, inventa, lucha,
canta... pero el viento es el que selecciona
las hazañas, los
milagros, las canciones. LEON FELIPE



Agradecimientos:
A Thomas, Diana y Victor,
por sus consejos acertados, su paciencia y amor.

A mi madre, mi padre, mi hermano Guillermo y demás hermanos.

A mis maestros
y amigos Cynthia
Bouchot, Jorge Luján,
Cecilia Urbina, Juan
Antonio Rosado,
Beatriz Espejo, Hugo
Gutiérrez Vega y
Jürgen Pfifer, por sus
comentarios y apoyo.



Contenido

Capítulo 1	8
Capítulo 2	14
Capítulo 3	15
Capítulo 4	17
Capítulo 5	18
Capítulo 6	19
Capítulo 7	23
Capítulo 8	29
Capítulo 9	30
Capítulo 10	32
Capítulo 11	36
Capítulo 12	37
Capítulo 13	38
Capítulo 14	44
Capítulo 15	46
Capítulo 16	48
Capítulo 18	55
Capítulo 19	59
Capítulo 20	61
Capítulo 21	66
Capítulo 22	68
Capítulo 23	69
Capítulo 24	76
Capítulo 25	77
Capítulo 26	79
Capítulo 27	81
Capítulo 28	83
Capítulo 29	87
Capítulo 30	88

Capitulo 31	89
Capitulo 32	91
Capitulo 33	92
Capitulo 34	93



MI NOMBRE

Busqué en el cuarto de los recuerdos algún papel o un acta de nacimiento, donde constara que tenía un nombre. Era imprescindible encontrar otro nombre, feo, horrible o como fuera, pero yo debía tener un nuevo nombre. Los cajones estaban invadidos de cucarachas que caminaban por mi cuerpo; no importaba. Entre todo el desorden y excentricidad de mi familia, debía hallar otro nombre que en realidad me describiera. Mi marido me llamaba Guadalupe. ¡No, ese nombre no! Yo no podía ser Guadalupe; ni siquiera me parecía a la Virgen, ni tenía su humildad, sus virtudes. ¿Cómo iba yo a llamarme Guadalupe? ¿Acaso era morena con los ojos a punto de llorar? Lágrimas. Mi padre, siempre infiel a mi madre. Evocar la partida del primer amor; de ese amor que me dejó devastada. ¡Shh, shh!, silencio; se acabaron las murmuraciones, los chismes. Me da risa. Ya hasta los días, los meses y el pueblo perdieron sus nombres, como yo. En la pared, flota una sombra, me mira; ¿será acaso la de mi hermano Ángel, el estafalario que se gastó la fortuna de Padre? Está bien, puede quedarse... una sombra no estorba. Lo que me aniquila y corroe el alma es mi falta de nombre. Debo llamarme Miedo. Lo presentí un día, el primer día que apareció mi amante imaginario bajo las buganvillas: sentí angustia, angustia de que lo descubriera mi madre, mi padre, la servidumbre, obviamente también mi esposo. Él no soportaba que alguien me viera, me hablara, tocara. Así, no se trata a las mujeres, insistía mi madre. El día me sumergía en una ola gris que me tragaba y donde podía permanecer por horas gracias a los minutos, las eternidades. De noche, la ola me expulsaba, y caía en los brazos del hombre que, borracho, me insultaba, me vejaba, me robaba el espíritu. Creo que ese día nació mi nombre. Sí, debe haber nacido el día que me llamó puta, perra: el día de mi boda con mi vestido blanco, el velo blanco, los zapatos blancos.

Actas de nacimiento, bautizos, títulos de propiedad. Los papeles no matan, a menos que sea mi acta de matrimonio. Como si fuera tan simple de oír que era una perdida y que podía acostarme con mi propio padre. Ya no tiene caso buscar. Encontré mi nombre; me llamo Miedo. Cuando uno se renombra, hay que celebrar con champagne, cantar arias de Puccini, sumergirse en burbujas violeta, ver el mundo desde Marte, buscar al amante imaginario.

Mi amante imaginario habita en las orillas del río Nilo junto a un caballo blanco. Es moreno de músculos fuertes, espalda ancha, cabello negro; sus manos son

grandes, protectoras. Primero, besa mis labios, acaricia mi piel, peina mis bucles rubios, mira embrujado estos ojos verdes ansiosos. Ya sabe que hoy tengo otro nombre. No le temo; los verdaderos amantes son silenciosos, pues conocen los secretos más terribles, son los mejores aliados. Sólo él sabe lo de mi esposo. Es muy atrevido cuando me abraza, con fuerza, para fragmentarme, como al dios Osiris. Después, me penetra, con fuerza, y un líquido brota de mi vagina una y otra vez. La placidez invade mi ser.

Éste es el cuarto de los muertos; sólo yo reconozco los objetos. Aquí, está el piano de mamá, juntas cantábamos, reíamos cuando se podía reír, es decir, cuando no estaba Padre, que era casi siempre.

Me parece oír el ruido de las fábricas de zapatos aquí en el oído derecho, que es el más agudo, aunque recapacito; tú, padre, me cuidaste como nadie en momentos de crisis, sobre todo en esos instantes en que la ola me regreso delirante de sus brazos a los 18 años. Insisto, insisto, la edad no tiene importancia, igual pudiera haber tenido 13 o 14 años; para mí, sólo existía el canto. Espera, Padre: do, re, mi, fa, sol. Sí, todavía lo sé; creo que entre más vieja me vuelvo, aunque no tengo edad, más re tengo el pasado. ¡Que venga el mejor maestro para mi niña! ¡Que ejercite la voz, el diafragma!

Todos orgullosísimos de mi voz, de esa voz que soñaba con irse a Italia, directo a la Scala, de Milán. Nunca pensamos en aquel entonces que mi nombre cambiaría, como cambian los políticos, las guerras, las revoluciones, las mentes; hablando de mentes, ¿de veras crees que perdí la razón? ¡Bah!, ya les he dicho a ti y a mamá que no hagan caso de las murmuraciones. Finalmente, ¿qué es la mente? Tan sólo un pensamiento, un aullido asfixiante detrás de estas cortinas roídas por las ratas. Y tú, mamá, ¿no fuiste tú, en caso de yo estar loca, de quien heredé la locura? Te acuerdas que huías por las tardes al cine después de haber ingerido no sé cuántas pastillas para dormir? ¿Te acuerdas que salías desnuda a la calle? ¿Te acuerdas que en ocasiones te disfrazabas de reina para olvidar que mi padre tenía no sé cuántas amantes? Lo más bueno fue el día del funeral de tu marido cuando se presentaron todos mis hermanastros. ¡Qué guapos, por cierto! Bien se notaba que pertenecían a la familia, porque siempre fuimos una de gente hermosa

¡Ah, la belleza! Saben, la belleza física es para los idiotas. La verdadera belleza son los dones, los talentos por no decir virtudes, y acordarme de la Virgen de Guadalupe. Ya sé, mamá, eras archicatólica. Yo no. La sala se llenaba de curas cuando un tío obispo visitaba esa casa de los recuerdos que me tiene inmersa en el ayer.

La sombra que frota en la pared, la de mi hermano Ángel; sé bien, permanece allí estática, pues los que se suicidan, por haber perdido el nombre, como yo, buscan un alma que no se les parezca para reencarnar en ella. Ángel tenía sus caprichos; dilapidó la fortuna de las fábricas de zapatos, pues el dinero le abría las puertas de los dos clubes de este apestoso pueblo. Para e se organizaban mesas, bebidas exóticas, mujeres y mariachis. Ángel tomaba una bebida roja que producía alucinaciones. Las apuestas comenzaban tarde cuando estuviera bien drogado. Sus sentidos se avivaban; veía sombras y figuras en las esquinas; La música lo envolvía, dándole una sensación de disociación que aprovechaban los que apostaban con él, especialmente los más ricos, pues ya sabían que podían hacerle toda la clase de artimañas y hacer que gastará más de dos cientos mil pesos en una noche.

Le gustaba ponerse una chamarra negra de cuero y una *browning* de 14 tiros en la cintura. Por su apariencia, podía pasar por un narcotraficante de la época: bien vestido, bien peinado con una olorosa loción francesa y un porte de artista *hollywoodense* de los años cuarenta, al estilo de Casa blanca. Fumaba un cigarro tras otro. En una ocasión estaban frente a él dos soldados, un capitán y un teniente, acompañados por dos putas, en una mesa junto a la pista de baile en la que el show se realizaba. Ángel se sentó y miró a los soldados que se divertían embriagándose. Observó, de reojo, que lo militares lo miraban con recelo, pero nunca pensó que ellos creían que él era un narcotraficante. El show comenzó; él estaba sentado a una mesa, también a lado de la pista. Del fondo, salió una hermosa mujer que al bailar lo miraba con insistencia. Ella hizo su *stripteas*, y dejó ver dos enormes pechos con pezones morenos bien delineados, una cintura empequeñecida, dos nalgas de uva, unos muslos prominentes y una mancha negruzca de pelo rizado en la entrepierna. ¡Qué mujer!, dijo Ángel; hacía mucho tiempo que no veía a una mujer desnuda tan bella. Ella hizo su *show*, siguió viéndolo y, cuando terminó de actuar, se sentó a la mesa con él. Se puede decir que se gustaron de inmediato. Al poco tiempo de hablar se empezaron a besarse, sin importarles quién podía verlos. Él la besaba, ufanándose de hacerlo en aquel lugar con una mujer tan hermosa, e ignorando qué reacciones podían despertarse. Se besaban y tomaban. Ya cuando ambos estaban cachondos, ella le dijo:

— ¿Ya te diste cuenta, verdad?

— ¿Cuenta de qué? —Le contestó Ángel.

— ¡De que soy hombre!

No puede ser, pensó él, si acabo de verla bailar desnuda.

—Sí, soy hombre —Dijo ella, tratando de saber qué podía pensar de él en esa situación; si le importaba o no, si podían seguir adelante o no, queriendo saber su criterio.

—Pero no tienes pene —Le dijo Ángel.

—Estoy operada.

— ¿Operada?

—Sí.

—Pero ¿No tienes vagina?

—No.

Ella, entonces, comenzó a contarle su historia. Le dijo que de niño siempre quiso ser mujer, y lloraba por no ser mujer, que lo fastidiaba que lo vistieran de hombre, pues en la escuela se burlaban de él, porque se pintaba la boca y que lo peor que le pudo pasar que en la pubertad le comenzaron a crecer los senos.

Mientras narraba, comenzó a llorar, porque veía que su interlocutor cambiaba sus sentimientos de pasión por compasión, comprendiendo que su confesión había roto el encanto de aquel momento.

Esa noche, pudieron matar a Ángel, el capitán y el teniente quienes estaban en la mesa acompañados de dos prostitutas que eran amigas de ella. El capitán estaba enamorado de aquella mujer y no se atrevió a disparar su cuarenta y cinco nada más por ese respeto que los militares tienen por los narcos y por las posibles represalias que tendrían de sus superiores si se atrevían a matarlo.

Todo eso lo supo Ángel por boca de una de las prostitutas que acompañaba esa noche a los militares, las cuales intercedieron por él, salvándole la vida. Ése y otros acontecimientos extraordinarios lo fueron convenciendo de que había circunstancias en la vida que parecían preparadas para ocurrir así y no de otra manera. De ahí, una mezcla de cinismo y fatalismo frente a la vida, su concusión de que el destino era algo dada y que no podía uno sustraerse de él. Por eso, su resignación a quedarse sin un quinto de juegos y apuestas, su vida de disipación nocturna, su afición por platicar con las putas y las mujeres fáciles de los cabarets, su deseo de saber la vida de ellas, de comprenderlas, más que de acostarse con ellas, aunque en casa su mujer pensara todo lo contrario y le hiciera escena de celos hasta el punto de propinarle, una madrugada cuando regresaba, una tremenda mordida en una oreja, que estuvo a punto de arrancársela.

Sus incontables discusiones los llevaron a separarse aquella tarde cuando él se levantó, como otras veces, después del mediodía, y de pronto vio que no había nadie en su casa, que no estaba su mujer ni sus cinco hijos, que se habían llevado su ropa y sus cosas y que lo habían dejado solo para siempre por despilfarrador y putaño.

Ese día, después de que se fue su familia, sintió una tristeza grande, un dolor tan agudo en el pecho y una consternación tan, que empezó a percibir con sus manos y en su cuerpo una extraña sensación que había algún metal ceca de él o cuando pensaba e intuía que estaba parado arriba de una corriente de agua. Tiempo después empezó a curar con el huevo que quebraba en un vaso para ver si la persona estaba poseída por algún mal espíritu; leía la mente, poniendo su mano en la frente de las personas, preparaba compresas de agua bendita para quitar los embrujos de amores errados y hasta llegó a curar la lepra y la esquizofrenia entre otros males.

En cuanto al dinero del Padre, fue repartido entre sus hijos legítimos e ilegítimos cuando ambas fábricas quebraron, quedando sólo en la memoria los tiempos de gloria en que los soldados estadounidenses pisaron tierras alemanas durante la Segunda Guerra Mundial con las botas fabricadas por Padre.

Ángel, en sus momentos de remordimiento, empezó a dinamitar la casa que Padre le había regalado con el afán de encontrar algún tesoro para regresarle a Padre todo lo que le había quitado. Sólo encontró un hambriento ratón, que mató con su pistola. En cuanto a mí, yo no sabía nada, porque para entonces la ola me tenía atrapada en su prisión de horrores.

SALÓN DE FIESTAS.

Éste es el salón para disfrutar la vida. Fiestas, interminables fiestas; carcajadas que traspasan las paredes, invitados de mi madres y padre, que llegaban a 200, hablar fuerte, gesticular con la cara, las manos, zapatear duro para que suenen los tacones en la casa del vecino y lo molesten, encender velitas, cantar villancicos mal entonados, inyectar al pavo vino, sentirse orgulloso de tener sangre española, mirarse con la boca, hablar con los ojos, recitar poemas de memoria, comer aceitunas, jamón, chorizo, aceite de olivo importado (Ángel embarra el lápiz labial de caca), pasearse por la huerta entre el naranjo debajo de las faldas de mi abuela, ponerle la cola al burro, jugar a las escondidillas con las monjas sin cabeza que habían cometido pecados incontables, ahuyentar a los perros demonios que se aparecían en la carretera, mearse en las resbaladillas, encontrarse con un primo, besarle en la boca, jugar hasta la madrugada a ser un

enano perdido, intercambiar vestidos, ponerse pelucas, joyas, pieles, disfrazar a los hombres de mujeres, buscar a Dios en una constelación perdida, embriagarse de risas, bochinche, despertar con los ojos bizcos.

A este salón ya casi nunca vengo. La llave reposa en mi seno, para no olvidarme que estoy viva.



2

Un día antes del matrimonio, Luis, quien ya ano frecuentaba tanto la iglesia y los prostíbulos, se confesó con el cura Sánchez. Él sabía, que perfectamente, que a día siguiente se casaría con una joven que amó por su homosexualidad desde su llegada al pueblo. Sánchez era amante de la perfección, pero interiormente podía ser capaz de ser un hombre de bajos sentimientos, por lo que el celibato no le sentaba nada bien.

Luis había tenido en sus brazos a la que sería su esposa al día siguiente. Acababa de dejarla en su casa después de un encuentro furtivo en un camino polvoroso, donde no pudo poseerla, porque pensaba la pensaba virgen cristalina, como un copo de nieve, aunque la sangre era caliente, y era muy difícil resistirse.

En el confesionario. Sánchez le advirtió que su novia había tenido varios amoríos con varios jóvenes antes que él. Luis experimentó una rabia desconocida y quiso no haberla conocido nunca. Antes de que se retirara, Sánchez lo tomó de la mano, y le susurró al oído: <<Esa mujer hasta a mí me insinuó>>.

A gran velocidad, dejó el pueblo y se dirigió al rancho de su padre, Entró como hipnotizado por pensamientos, que amenazaban partir su cerebro en dos pedazos. Se dejó caer en el sillón. Encendió un cigarrillo tras otro, y comenzó a golpear las paredes. Bebió hasta la madrugada, estaba tan ofuscado que cayó de bruces encima de la nopalera. El dolor lo detuvo de seguirse alcoholizando, y juró vengarse por sentirse sumamente agraviado, de tal manera que si se presentó al día siguiente a su boda con Lupita fue meramente por llevar su cólera hasta las últimas consecuencias.

Ella notó un cambio radical en él después de la boda, y se enfrentó a una especie de animal herido que busca refugio en su alcohol para enseguida envenenar el alma de su esposa.

Luis no pidió explicaciones durante desafortunada luna de miel y cuando regresaron ambos parecían rasgados en su interior.

LA PLAGA

Hoy, vino a verme Mercedes con los ojos desorbitados. Ella es la mujer cuentaverdades. Rubia, delgada con ojos dulces. Es mi único contacto con el mundo exterior. Siempre ha sido muy abierta y sincera; aunque yo sufrí muchas envidias y celos en el pueblo, fue la única amiga que perduró, porque ella es la verdad desnuda, la verdad que se oculta detrás de la hipocresía. Su único defecto es que le gusta husmear por todas partes: entrar a las casas donde cuelgan macetones de helechos, para platicar con las solteronas y los machos, porque aquí todos los hombres han sido muy machos y tienen tiempo de sobras para buscarse amantes. Ella sabía, a la perfección, los chismes y enredos de toda la gente de dinero, en especial porque los ricos se conocían muy bien y no les gustaba mezclarse con la chusma. Los matrimonios eran arreglados por las buenas familias. Padre, por ejemplo, conoció a mi esposo a través de Mercedes, quien se lo recomendó, ampliamente, como uno de los hombres más prometedores y atractivos, hijo de buenas familias y católico. También, había estudiado en el extranjero y era muy perseverante y culto; la impresiono mucho. Lo que a mí me gustó mucho de mi esposo, antes de casarme con él, eran sus maneras delicadas y tiernas de tratarme y que decía que yo era muy inteligente, porque siempre pensé que era muy tonta. Fue la noche de bodas cuando conocí su verdadero yo: borracho e insultándome, pero eso ni Mercedes ni Padre lo pudieron prever. Era mi destino. Cuando Mercedes que mi matrimonio era un infierno quiso remediarlo buscándome otro marido, pero este pueblo es muy católico, y tuve que aguantarme, como mi madre y todas las mujeres que corrimos con la misma suerte.

Mercedes dice que en el pueblo se ha desatado una enfermedad aniquiladora. El mal te pone agresivo, nervioso, intolerante y te quita la voluntad y las ganas de comer hasta dejarte inmerso en el olvido de ti mismo. Los síntomas varían, según la persona, y ella ha dicho que han muerto muchos. Del sacerdote Sánchez, quien desato las habladurías en este maloliente pueblo, me comento que se refugió en una hacienda aledaña. Parece que ahí lo protege un ser abominable con los ojos rojos y vómito amarillo. Sé bien que la lista de mujeres que sufrieron por él es interminable. Me parece bien que dentro de tanto mal, por lo menos el cura Sánchez se encuentra alejado. Ya no me puede dañar.

Cuando se fue Mercedes, regresé al cuarto de los muertos. Mi madre lloraba; sus ojos, inexpresivos, serenos y siempre tristes; su nariz era recta y sus labios gruesos, como los míos. Junto a ella estaba Ángel, quien gracias a su capacidad de leer el pensamiento entendió lo que pensaba Madre, y me susurró al oído al oído que ella recordaba a su hijo mayor.

Claro, mamá, le dije, es natural que llores la muerte de tu bebé, tu hijo mayor. Tú no tuviste la culpa; el doctor te lo advirtió que había estado muy delicado de la tifoidea y que deberías de alimentarlo poco a poco, pero llegó tu suegra, le zampó la mamila entera y murió tu chiquito. Ven, mamita, creo que olvidaste que en este cuarto ya no se sufre. Aquí, se duerme entre margaritas, flores silvestres y sueños de algodones. Hay que cerrar las puertas bien y asegurar todos los candados, no vaya ser que penetre la enfermedad y te mueras ¿quién me acompaña entonces? ¡Ah!, sí, lo olvidé, mi amante imaginario.

Ángel me dice que debe decir una cura para la plaga del pueblo. Quizá en su cuarto encuentre los libros de curar almas. Aquí está, el primer capítulo se llama <<El arte de hablar>>, o sea, que tienen que platicar sus penas; ahora lo recuerdo. Yo también le conté mis penas al doctor del anillo mágico. La magia consistía en dejar brillar al anillo para que su color indicara mis estados de ánimo, y yo pudiera apuntar mis pensamientos en la libreta de pensamientos en la libreta de sufrimientos. Como yo permanecía callada, sumergida en la ola, que por cierto en ocasiones me aventaba al vacío, resultó muy curativo eso de contar las penas.

Yo detallaba mis vivencias, el anillo cambiaba de color. El doctor encontraba el remedio para curar almas dañadas. Todavía rememoro el significado de los colores del anillo mágico. El negro: desconsuelo, pérdida de la fe; el café: miedo, temor a los seres humanos olas; el amarillo: nervioso, incertidumbre del futuro; el verde: romántico, anhelo de vida; el azul calma, cura del alma. Debía decidirme. Todavía tengo el anillo. A ver, a ver, es éste. ¿Por qué lo dejé en el cuarto de Ángel? Es que fue aquí cuando sentí el primer orgasmo después de tener cuatro hijos. Aquí, concebí a mi quinto hijo. ¿Y si me alcanza la plaga? Padre, Ángel y mi mamá están muertos. Tengo valor, soporto la soledad de mi vejez y, aunque me llame Miedo, curaré a este pueblo que me enfermó. En las fábricas abandonadas, recibiré a los pacientes, pondré un letrero de oro, le diré a Mercedes que lo divulgue, les pondré el anillo, anotarán sus penas y los reanimaré para producir de nuevo calzado en las fábricas de Padre.

El trabajo cura. Eso me dijo el doctor del anillo mágico: él fue maestro de Ángel. Creo que será muy productivo. En todos esos quehaceres por componer el alma, puede que por fin me olvide de la ola, reabra el salón de vivir la vida y me fugue con mi amante imaginario. Creo que es justo, ya son tantos años.

Luis notó que Lupita se ausentaba, mirando la ventana, como añorando a alguien; ese alguien debía ser su primer novio y cuando juntos desayunaban imaginaba que su mente se retraía en pensamientos ocultos, algo así como el secreto que deseaba arrancar de su boca. En la alcoba, por las noches, cuando la hacía suya, había desaparecido aquella pasión que existió un día antes de la boda en su automóvil, como si una gran ola la hubiera llevado al fondo del mar en donde seguramente soñaba con un amante.

Luis salía con sus amigos por las noches, para perderse en los brazos de mujeres que ofrecían placer por dinero. Les preguntaba qué era lo más atractivo en un hombre, y ellas contestaban: «Su dinero»; entonces, les aventaba el dinero al suelo con desprecio, como si de esta manera lograra asestarle otro golpe a su mujer. No sólo las palabras le sobraban en las noches, sino que durante el día la vigilaba, como un detective, y ni el trabajo lo detenía. Ambas familias divergían en el motivo por el cual Lupita perdía peso día con día, no obstante esperar a su primer hijo. Doña Carmen, madre de Lupita, platicó con el obispo y él la consoló diciéndole que algunas parejas tomaban cierto tiempo para avenirse a su nueva vida. Ella interiormente pensaba que quizá él tenía otra mujer, pues su casa quedaba frente a su mansión y por las noches se escuchaban gritos de su yerno.

En casa de Luis, no se hablaba del asunto. Las reuniones familiares seguían su acostumbrado ritmo y a veces sus hermanas le decían que no abusara tanto de su mujer, pues no le iba nada bien verse con esa delgadez extrema. Sólo en el rancho se desahogaba bebiendo y buscando una estrella que lo consolara, pero el vacío que experimentaba lo hacía tener sueños angustiosos y una noche sobre la hierba soñó que su hijo nacía muerto. Cuando Lupita dormía, él dibujaba con el dedo índice sus facciones y juraba que era La Dolorosa.

LA HERMINIA.

Yo soy Herminia, la cocinera. Conocí a mi niña desde que era de brazos. Ella y su familia vivían en una casita muy chiquita. Mi niña Lupita, como le decimos de cariño, era rubia, de ojos verdes, chapeada, y bonita, bonita. Me acuerdo de un día que la llevaba en brazos porque fui a comprar al mercado. Se me acercó una señora y me dijo que me daba mucho dinero si le daba a mi niña; ya mero que yo la iba andar cambiando por todo el dinero del mundo si siempre la quise mucho. Cuando su papá andaba presentando en la feria en calzado hacía con sus manos para ver si los bancos le prestaban dinero y así poder comprar maquinaria, mi Pitincita solía jugar con los pollitos. Luego, un señor español se interesó en el calzado e hizo un préstamo a mi patrón; así comenzó a hacer mucho dinero y para cuando mi niña cumplió 10 años nos cambiamos a esta mansión. Como yo no podía con todo el trabajo, vinieron otras dos muchachas a ayudarme, pero yo me seguí encargando de mi niña. Aquí, en esta casa, pasaron muchas cosas y yo siempre se las contaba a mi amiga la leprosa.

Mi niña empezó a cantar desde jovencita y un profesor muy famoso de México decía que la quería llevar a Europa, ya mero que mi patrón la iba a dejar si cuidaba a sus hijas, como su mayor tesoro. Les regalaba pura ropa fina de Francia y anillos de brillantes, zafiros y esmeraldas. Mi niña tenía muchos pretendientes. ¡Imagínense! Tan bonita, con esa voz de ángeles y, luego, rica. Pero se casó con el señor Luis que la regreso bien mal de su luna de miel. Mi niña dejó de comer y se puso como un palillo. El señor hablaba todo el día para preguntar qué estaba haciendo, que si salía, que si le hablaban por teléfono. Yo no sé por qué se casó con ella si ya no la creía pura.

Mi niña sufrió mucho y mis patronas junto con ella; luego, la pena del señor Ángel, todo descarrilado. Mi patrón se le hincaba para que dejara de gastar tanto dinero. Pero el señor Ángel se vengaba de mi patrón tenía otras mujeres y nunca le hizo caso.

Mi patrona era reteocurrente. Le gustaba disfrazarse y era bien alegre. Sólo cuando el señor no venía, porque andaba con las otras, se tomaba sus pastillas y se iba a dormir al cine. Ahora, no sé qué trae mi niña, porque anda bien rara. Todo el día está abriendo cajones, buscando papeles, hablando sola. No ha querido comer. Ojalá y no se vuelva a poner mala, porque entonces qué voy a hacer. ¡Ah!, sí, busco al doctor Contreras; él siempre la consuela.

EL MILAGRO.

Esta mañana llegó a la fábrica una joven ataviada con un vestido de hojas, mariposas y plumas verdes. Fui nuestra primera paciente. Su apariencia era grata y gentil. Tenía el pelo largo y de color claro, como sus ojos, la nariz recta y pequeña, los labios delgados. Y radiaba algo especial su sonrisa. Le calcule unos 20 años. Su belleza era arrobadora. Le pusimos el anillo, el color fue azul. La abrace, pues sentí una emoción de luces. Le di el cuaderno para que apuntara sus vivencias; he aquí lo que escribió:

El pueblo se está destruyendo. La catedral perdió su cúpula, sus dos torres. El quiosco del centro, los laureles que lo rodean se están desvaneciendo. El palacio municipal, el teatro, los clubes fueron tragados por una nube. Un viento con una lluvia de rayos cae todo el tiempo. El cielo tiene un hoyo de dimensiones escalofriantes. El piso se hizo lodoso. La gente está viviendo en el cementerio. La mujer araña, el hombre víbora y demás criaturas extrañas se escaparon de la feria. Las curtidurías despiden un olor a excremento de perro y cuero de animal muerto. Los ranchos se están inundando de pantanos vidriosos.

La joven suspiró profundamente; le quité el anillo. La esperanza es la ilusión del futuro, nos dijo y sus ojos café aceitunado brillaron, con intensidad. En ese instante, se escuchó el sonido de las maquinas por primera vez. Tú estarás encargada de dirigir la fábrica, le dije. La joven se sentó, alegremente, y se dispuso a diseñar el primer zapato.

Me dirigí junto con Ángel junto a mi madre y a Padre para contarles las buenas noticias. Mi madre se encontraba tocando el piano y hablaba, nuevamente; Padre cantaba <<Va Pensiero>>, de Nabuco. Nos tomamos de las manos y jugamos a la rueda, rueda de San Miguel. Era impresionante, el cuarto de muerto se había convertido, una vez más en lo que fue y había dejado de ser. Tendríamos que construir un puente de media luna entre el cuarto de los muertos y e de gozar de la vida. La joven debía ser milagrosa, pues había transformado sus muertes en vidas. Abrí las cortinas, espanté a las ratas, miré la lluvia de rayos. Ven, mamá, siéntate. Cuéntame tu amyor alegría. Ahora, ya puedes hablar, no necesito que Ángel lea tu mente.

Mi mayor alegría, hija, fue cuando descubrí los libros para ser actriz. Mi papá era castrante, como una nuez cuando la rompes. Me prohibió leerlos porque, según él, el mundo de la farándula estaba reservado para gente con un talento extraordinario Se necesitaba templanza, control, buena memoria y mucha lucidez.

Mi padre me llevó a la capilla de la hacienda, y me hizo jurar ante la imagen de Jesucristo que nunca sería actriz. Los libros los quemó en la chimenea de la sala. Yo miré cómo mi alegría se volvía polvo.

--Y nunca actuaste? -¡Ay!, hija, yo siempre he actuado. Frente al espejo, en los pastizales cuando montaba mi yegua o venía la institutriz. Cuando me casé, se me quitaron las ganas, porque si vieras qué feo sentí cuando fui aquí nada más a la vuelta de la casa y me encontré a tu papá con una de sus amantes, despidiéndose de ella, y dos niños que se parecían a él. El teatro fue mi mayor alegría; mi mayor ilusión, mi mayor tesoro, fueron mis hijos.

Un halo de luz transparente se posó en su cabellera. Mi madre había recuperado la razón.

Pausadamente, me acerqué a Padre, quien no cesaba de cantar «Va Pensiero».

--Tú, padre, dime, cuál fue tu mayor desgracia? Volteó a verme con los ojos llenos de lágrimas.

--Haber perdido mis fábricas de zapatos.

Ven, hija, te explicaré cómo hacer un zapato. Durante una hora, me explicó cómo hacer un zapato, frunciendo el entrecejo y tomándose la mano, como solía hacerlo. -No, padre, esa no fue tu mayor desgracia; tu mayor desgracia fue serle infiel a mamá con varias mujeres, y perderla a ella y a tu hijo Ángel

--Tienes razón; yo atesoré mi fábrica más que a ustedes y en ese camino ascendente los olvidé. ¿Tú crees que exista el perdón para mí?

--Lo he recapacitado mucho en este cuarto de los muertos. Aprende a escucharnos, y regresa con Ángel y conmigo a la fábrica para que nos ayudes a curar al pueblo.

--¿Y tu madre?

-- Ella estará bien aquí con su piano. Sólo hay que conseguirle los libros de teatro y prestarle atención después del trabajo para que actúe frente a nosotros. El amor son atenciones cotidianas que, como las plantas, necesita cuidados para cultivarse. Yo te agradezco tus cuidados cuando la ola me sumergió en la nada. Recuerdo tus canciones por la alcoba de las obsesiones. Me mirabas con cariño.

UN ABRAZO ENVOLVIÓ NUESTRO RENCUENTRO

Padre y yo estábamos a punto de dirigirnos a la fábrica cuando notamos que Ángel había recuperado su cuerpo y alma. Gritaba «Vengan, vengan, dejé de ser una sombra, ya no huelo gasolina por las noches, ni alucino que veo enanos deformes que me persiguen por la casa, el huerto y el jardín. Ángel, Ángel mío, le dije, sigue siendo locuaz, divertido. Tú eres la imaginación primordial para cada eventualidad que no podamos resolver.

Besamos a mamá, que tocaba una sonata de Bach, y nos encaminamos rumbo a la fábrica.

Antes de llegar a la fábrica, pasamos por el huerto de mi madre, Florecían todas las flores, los nísperos, las peras, los higos, Frente a la alberca, se bañaba un ave de rapiña extraña. Debía venir del cementerio donde estaban los enfermos.

Cuando llegamos, la joven milagrosa terminaba su trabajo. El primer zapato tenía azucenas, claveles, geranios y despedía un brillo incandescente. Padre tomó el zapato en sus manos y lo observó, largamente. Nunca había visto un zapato tan bello!, exclamo. Sonrió, como sonreía la joven, lleno de ilusiones. Padre la besó con dulzura y todas las vicisitudes sufridas durante los años en que tuvo que construir las fábricas, pasando hambre, carencias y desconsuelo, terminaron. Él también había sufrido el abandono de su padre y como a los seres humanos nos gusta repetir las malas costumbres, él había adoptado la misma conducta.

Debo mencionar que cuando me refiero a las fábricas es porque una fábrica estaba frente a otra, pero por ahora nos ocupa remos de la que serviría para curar almas. La decoración irradiaba de bonita. De las lámparas colgaban tulipanes amarillos. Las ventanas estaban tapizadas con enredaderas. Los escritorios de contar la verdad tenían incrustaciones de piedras, como diamantes, rubíes, esmeraldas, amatistas y otras piedras impensables. Lo que más impresionaba de la joven era su risa, pues semejaba un canto ancestral heredado a través de las generaciones. El canto era tan nítido, tan melodioso, que invitaba a bailar danzas extravagantes con un ritmo africano traído del que de animales suntuosos.

Ángel, experto en imaginación, no podía quitar la vista de la joven milagrosa. Verla despertaba una alegría perfumada que invitaba a vivir y no morir. Ángel olvidó

todas sus penurias. Miró a Padre, se abrazaron, cantaron, cantaron... danzaron.
¡Qué lástima que mi madre y mi amante imaginario no pudieron estar presentes!



UN CASO DIFÍCIL.

Cuando nos recuperamos de tanta alegría, llegó un paciente. Debía ser alguien importante, porque había esquivado los rayos y las criaturas de la feria. Tenía convulsiones. De su boca, emanaba un líquido amarillo capaz de destruir las piedras preciosas del escritorio, de contar verdades. Por su nariz, pascaban gusanos con tierra de panteones.

Ángel le puso el anillo. El color fue amarillo: incertidumbre del futuro. Juntos pensamos que el mejor remedio sería darle unas gotas de confianza para que nos contara sus vivencias. Tardo un periodo largo en calmarse y todo el tiempo eructaba. He aquí lo que escribió una vez que se recuperó:

Un fantasma me quiere llevar, me persigue. Veo una granada que mande lanzar contra la multitud congregada en el centro del pueblo el día de la calavera con el ataúd. Fue tal mi saña que mandé matar a todos los campesinos rurales, mujeres y niños congregados ahí. Como el fantasma no me deja ni de día ni de noche, tuve que esquivar los rayos y, claro, gracias a que todavía tengo muchas influencias, logré llegar aquí, pues es el único lugar seguro. En mi casa, está todo el dinero que necesitan para sus fábricas. Lo único que les pido es que traigan a mi amante, mis anillos de brillantes, que protejan mis ranchos, mis automóviles y...

En ese momento, cayó muerto. Ángel le quitó el uniforme. Tenía una herida nauseabunda en la espalda. Un rayo lo había alcanzado. Ángel puso su mano sobre la frente del individuo.

Era el militar Corrientes, dijo. La joven milagrosa diseñó dos impermeables de amor contra los rayos para que Padre y Ángel sacaran a Corrientes y lo fueran a enterrar al cementerio. Les pedí que buscaran a mi abuela,

Cuando se fueron Padre y Ángel, recordé cuando el crepúsculo, el suelo y mi vestido azul se volvieron una mancha sanguinolenta de odio.

Yo observaba desde la banca blanca del jardín muy de cerca a jóvenes de extracción humilde, campesinos, rurales, mujeres y niños que protestaban, porque su candidato, el señor Carlos A. Obregón, de la UCL, era el ganador de las elecciones y el gobierno lo desconocía. En protesta, llevaban un ataúd con un joven dentro pintado como calavera y en los costados decía RIP PRN, La gente se divertía por poder protestar con libertad. Lo que ignoraba era el odio de los militares, fraguado por órdenes superiores que sabían cómo acallar al pueblo. El militar Corrientes dio las órdenes de matar a toda la gente, sin respetar a nadie,

Sabia, muy bien, que su ejemplo daría valor a sus hombres. Con el más grande de los cinismos, agarró una granada y la lanzó a la multitud. Todos empezamos a gritar. En ese momento, entró el ejército matando a mansalva. Sus ojos estaban inyectados de odio, de un odio injustificable. Un joven me jaló del brazo, pues el horror me tenía petrificada, me ayudó a esconderme debajo de un coche e inmediatamente fue a rescatar más gente. Al joven del ataúd le deshicieron la cabeza. Muchos recurrían a los laureles para protegerse, pero las balas los tiraban como racimos de uva. Una niña, como de unos cinco años, corrió hacia mí. Una bala la había herido en el pecho, muy cerca del corazón. Me conmoví de tal manera que con valentía llegué hasta ella y la tomé en mis brazos; ella, con ojos de dolor, se aferraba a la vida en un abrazo. Las balas zumbaban a mí alrededor. Los lamentos subían hasta el cielo. Entre tanto caos, distinguí la ambulancia de la Cruz Roja. Llegué hasta ella con la niña. La enfermera miró la herida y me dijo: <<No se preocupe, esta niña vivirá, pero váyase, señorita, las balas andan por doquier>>. Comprendí que debía salvar mi vida y corrí durante una hora con un llanto incontenible. Cuando por fin llegue a casa, Mercedes me esperaba.

--¿Estás herida?

--Del alma

--¿Qué paso?

--Están matando a todos en el centro.

Hoy, soné que estaba en una zanja cubierta de cadáveres. No podía contar cuántos éramos. Trataba de hablar a pesar del dolor en el vientre. La sangre mojaba mi cuerpo entero. Unos pequeños ojos entreabiertos me miraron. Seguían cayendo cuerpos sobre el mío: los de los campesinos, un silencio, la impotencia ante lo desolador, se escuchó, y siento miedo, mucho miedo. El miedo que se experimenta cuando se cierra el túnel.

EL SILENCIO

Ángel y Padre notaron algo insólito al salir de la fábrica con el cuerpo de Corrientes. Al norte, silencio; al sur, silencio; al este, silencio: todo silencio. Los rayos no producían ruido, por lo que ese sumamente peligroso caminar sin saber de dónde provenía el estruendo. La mujer araña los miraba, y su mirada era desquiciante: les perseguía dando vueltas. Sacaba su lengua, amenazando chuparles la sangre. Grandes rocas de caolín, provenientes de las minas de mi abuelo, se abalanzaban contra ellos. El viento se unía al silencio, formando una soledad de naufrago. Ángel le dijo a Padre que presenta la enfermedad, como el

alba antes de cortarse las venas. Padre le aconsejó aferrarse a los impermeables de amor. Ángel obedeció, por primera vez, a Padre, y dejó de sentirse vulnerable. Adquirió el valor de Padre. Continuaron su camino, La visión del cementerio era apocalíptica. Los hombres estaban harapientos y un color cenizo se reflejaba en sus rostros. Los más enfermos estaban invadidos de hongos verdes; los menos enfermos se aferraban a los impermeables para protegerse de los rayos. En una tumba en forma de cruz barroca, se encontraba mi abuela, canosa y encorvada, con sus ojos perdidos en quién sabe qué pensamientos. Enterraron a Corrientes lejos de la muchedumbre. Ángel tapó a mi abuela Toña con el impermeable. Este acto de valentía les señaló un camino lleno de margaritas y girasoles. Una música que invitaba a pensar en Dios los invadió. Una melodía del lejano Oriente se escuchó durante todo el trayecto de regreso.

MI ABUELA

Mi abuela estaba muy terca cuando llegó a la casa. Mi madre le puso un disfraz de Adelita. Por más que quisimos convencerla, no logramos llevarla a la fábrica de zapatos. Como a las mujeres nos gusta ser solidarias, la llevamos al cuarto de los recuerdos. Ahí, podría desahogarse, como yo lo había hecho. Ángel y Padre se fueron a trabajar.

A ver, abuelita, tómame tu té de tila para calmarte los nervios. La abuela accedió después de varias caricias, pues los ancianos son flores marchitas que pueden florecer, nuevamente, con caricias.

--Tú, ¿quién eres? ¿Eres mi hija o mi nuera? ¿Eres mi tía o mi prima?

-No, abuela, soy tu nieta. ¿No te acuerdas de mí?

Echó la cabeza para atrás, abrió sus grandes ojos, juntó los labios y dijo:

--Si, si, eres mi nieta; tienes los ojos claros, como los que pueblan el campo. Mira nada más, hija, cómo me tiemblan las manos por la edad. Oye, ¿por qué tienes el cuarto lleno de cucarachas?

--Es que son mis compañeras, abuelita.

Ah, bueno, pues quien sabe de quien lo sacaste, porque nuestra familia era pulcrísima. Todo el día, limpiábamos la casa, cocinábamos, barríamos, bordábamos manteles para los curas, rezábamos el rosario. Yo no sé tú de quién saliste tan desordenada, porque el desorden lleva al caos. Nada más acuérdate que la Revolución me llegó a la hacienda. Puro desorden, puro caos. Primero,

tuvimos que esconder a tu madre en la noria para que no la violaran; luego, escondimos todas nuestras pertenencias detrás de un ropero de caoba con un espejo de luna. El general, ese que fumaba marihuana, lo primero que pensaba hacer era colgar a tu abuelo de un árbol. Yo del susto, me hice en los calzones. Los peones nos ayudaron. Le dijeron al general Martínez que el abuelo nunca había cometido fechoría alguna contra ellos y que siempre los había ayudado. De seguro, en ese momento, nos protegió un ángel de la guarda, porque el general sin nombre le quitó la soga del cuello y hasta se empezó a reír. Mira, hijita, yo a mi edad creo en todo y no creo en nada. La gente en el cementerio está muy asustada, porque le tiene miedo a la muerte, pero el miedo a la muerte es la cobardía de vivir, Yo tengo la conciencia tranquila. No le hice daño a nadie.

--Abuelita, con todo mi respeto, déjame decirte que tú le negaste a mi madre que se separara de Padre cuando sabías que él tenía otras mujeres.

--Ay!, hijita, ¿yo hice eso?

--Sí, porque tu hermano era obispo y no podías soportar el peso de la iglesia sobre tu cabeza. ¿Tú sabes lo que sufrió mi madre? ¿La viste llorar tantas veces como yo? ¿Acaso miraste sus ojos perdidos, su mente perdida? Sólo te importaba lo tuyo: tus manteles, quedar bien con tu hermano, tu orden, tu limpieza, la hija que no dejaste casar para que tuvieras compañía. Sabes, abuela, eso tiene un nombre: se llama egoísmo. No dudo que hayas sufrido cuando mi abuelo murió de ictericia; te quedaste sin dinero. Tu suegro y tus cuñados te quitaron todo, porque te creyeron incompetente para administrar la hacienda y las minas. Entonces, tuviste que venir a este pueblo, pero el sufrimiento no justifica tu egoísmo.

--¡Ay!, hijita, yo no lo sabía, perdóname.

--A mí no me tienes que pedir perdón, ajusta cuentas con tu hija y con tu Dios.

--¿Tú crees, hijita, que si rezo tres rosarios completos Dios me perdone?

--No, eso no te servirá. Habla con tu hija. Mira cómo está llorando.

--Hijita mía, creo que me refugié en la iglesia cuando murió tu abuelo, y me sentí desamparada. Ahora, comprendo que fui muy dura contigo. ¿Me perdonas?

--Sí, mamá, siempre esperé este perdón.

Las cucarachas empezaron a difuminarse, el cuarto recuperó la cama de estrellas, las lámparas de velas se iluminaron, el tiempo me tocó el pelo. Mi madre y mi abuela encontraron la risa en un loro que hablaba desde su jaula. En la risa, se

encuentran los palacios de la felicidad. No hay que buscarlos, se ubican en los hombres sencillos que aprendieron temprano a vivir en libertad y sin egoísmo.

Mi amante imaginario se reúne conmigo en el Nilo. Acaricia mis mejillas, besa mi cuello delgado, como tallo. Está satisfecho de todo lo que he logrado. Entra en mí, lento, suave, dulce; después, rápido, más rápido, como una sinfonía de Mozart. El gozo seguido del gozo. Una quietud desmedida invade nuestro espacio. La joven milagrosa curó el alma de mi abuela, poniendo sus manos sobre su cabellera canosa.

ESTRUCTURA DE LA FÁBRICA

La joven milagrosa decidió que la abuela recibiría a los trabajadores en la entrada de la fábrica. Ella tiene la sabiduría suficiente: mitad experiencia, mitad coraje, que anidan en su seno de serenidad, para contratar adornadoras y obreros dispuestos a elaborar el calzado de la fábrica para curar almas.

Padre será el administrador, pues durante 15 años ahorro lo suficiente para comprar las máquinas. Empezó llevando calzado, que elaboraba con sus manos, a los pueblos cercanos hasta alcanzar una gran fortuna. Él es experto en llevar a cabo proyectos dentro de las más adversas circunstancias.

Ángel, la joven milagrosa, a quien bautizamos con el nombre de Esperanza, y yo tendremos la ardua tarea de curar almas. Esperanza es tan activa y productiva que ya tiene almacenados mil pares de zapatos con diferentes diseños. Algunos tienen sombrillas, otros pequeños caracoles. Ella mandará los zapatos hasta la Patagonia en caso de ser necesario, pues dice que la plaga existe en todo el mundo. A cambio espera el más alto reconocimiento, que es un certificado firmado y sellado por un notable notario.

Padre dice que hay que cuidarse de ciertas personas, pues, cuando fabricaron botas para la Segunda Guerra Mundial, una mujer enana con mirada de búho acostumbraba sacudir y, al sacudir e inventariar, se robaba mucho dinero debajo del sacudidor del escritorio de almacenar riquezas, de ese dinero que en sus tiempos valía una fortuna. La enana logró reunir tanto dinero que puso una librería frente a las tiendas de textil, y des cansó rascándose la panza por el resto de su vida. A las personas que acumulan dinero ajeno les llamaremos enanos búho. No,

eso no volvería a pasar, como la historia que es una espiral por donde suben y bajan los acontecimientos y al final pasa lo mismo.

Algún día, me gustaría llevar a Padre al cuarto de los recuerdos para preguntarle por qué algunos seres humanos necesitamos amantes. Debe ser algo así como anhelo de vida o una evasión de la realidad. Quizá sean un refugio; de ser un refugio, concluiría que Padre debía haber conocido un hombre ola en su vida, alguien quien le hubiera robado el espíritu, como a mí.

Para terminar con la estructura de la fábrica, daremos, a los que hayan sanado, un proyecto de vida, metas que alcanzar y un par de zapatos diseñados por Esperanza.

Mi madre, quien dejó de cocinar en tiempos grisáceos, pre parará la comida junto con la servidumbre. Su felicidad es tan grande que hace cantar a todos los animales que tanto amo: la perra Sandra, el loro Loreto y el chango Bobi.



Luis tuvo que llevar a Lupita a la capital para encontrar un médico que la ayudara. Le preocupaba verla el día en tero acostada, murmurando incoherencia, sus manos sudaban, copiosamente, y la mirada, fija en el suelo. Su padre la acompañaba por las mañanas cantándole, pero no lograba que lo reconociera. Un mundo desconocido la rodeaba, y ni su hermano Ángel, que era tan guasón, podía sacarla de su mutismo.

Luis no entendió lo que el psiquiatra de México le comentó y, por primera vez, se avergonzó de su comportamiento. Las pastillas le causaron convulsiones a Lupita, y hubo necesidad de recurrir al doctor Contreras, quien indicó que las suspendieran. Él le cambió la medicación.

Contreras era menudo, pero de carácter firme y resuelto. Siendo el médico de cabecera, decidió tomar el caso. Cuando vio a su paciente, la tomó de la mano muy fuerte y le puso un anillo del lado izquierdo. <<Cuando quieras, escíbeme lo que se te venga en mente>>. Lupita lo miró, fijamente, como si comprendiera sus palabras. Contreras, hombre intuitivo y sensible, pasó, con suavidad, sus dedos por la cabellera de Lupita, y le dijo: «Te vas a poner bien. Antes de retirarse, pidió que la llevara a casa de sus padres, pues su estado era muy delicado. Le dio instrucciones a Herminia de darle vitaminas y alimentarla cinco veces al día, sin dejarla sola en ningún momento. Doña Carmen sollozó y le pidió a Herminia que buscara una enfermera para que atendiera a su hija. Además, el doctor Contreras miró, fijamente, los ojos de Luis, y le dijo: <<No le diga nada que la inquiete>>, Luis se quedó paralizado junto a la pared, mudo, como el mármol, tembloroso, estupefacto.

Por la noche, Lupita tocó el anillo y comenzó a escribir:

Siento que ya no me pertenezco. El hombre ola me insulta. El día es un letargo, proyectado en mi sombra que sangra. El hijo que espero me come las entrañas. No es parte de mí. No existe el paraíso. Soy parte de un cerebro desgajado. Mi voluntad es un beso de muerte que no llega.

La enfermera, una mujer morena, gentil y suave, alcanzó a leer su primer misiva, cosa que le causó lástima, y le dio un somnífero para que descansara. Cuando el

doctor leyó la nota, comprendió que su paciente estaba sumamente deprimida a causa de lo que ella nombraba hombre ola y que debía ser Luis. Copió en su libreta letra por letra, y pasó largo rato leyendo libros para consultar algún caso parecido. Encontró el de una mujer que creía que iba a matar a sus hijos, porque odiaba a su esposo. Concluyó que su mal debía ser una patología sexual. Cerró los libros y apagó las luces de su modesta casa.

9

HERMINIA

Ya se agravó la señora. Tiene días enteros de no levantarse de la cama. Ni come, ni duerme, ni se vis I te. Ayer, vino ese doctor que siempre la ve cuando se pone así. De seguro la van a inyectar, como otras veces. Ojalá y no se le ocurra tratar de suicidarse otra vez. Tiene dos ojeras profundas. Pobrecita de la niña.

Un año después de su boda, cargué a su primera hija. Ni un día la tuvo con ella. No la quería ver. Se le figuraba que la iba a matar. Que Dios santísimo nos proteja ¿Por qué se le habrá metido esa idea en la cabeza? De seguro por culpa del señor.

Vino después que nació la niña, y le dijo: Qué lástima que fue una niña. Se llamará Celia, como mi madre. Ella ni le respondió. Lo miró largo rato, fijamente, a los ojos. El la agarró bien fuerte del brazo, y a empujones la trajo a la cocina. Mi niña se quedó callada, muda; se quedó muda.

El señor se llevó a su hija a casa de sus padres, cerca de catedral. Cuatro meses después de que se llevaron a su hija, comenzó con vómitos. Otra vez estaba embarazada. Cuando bajó a comer, me dijo: Espero un árbol enfermo. Yo no sé por qué habla así.

Su mamá está moviendo todas sus influencias para que no la dejemos sola. Dice que es peligroso. El doctor platico hartó rato con el señor en la sala. Quién sabe qué le diría que traía cara de muerto. Su papá está pegado a su cama. Lo oigo que le canta canciones. Ni parece el mismo patrón. Hasta deja de ir a las fábricas por quedarse con ella.

Ella de repente se sienta en el sillón y llora mucho. Pobrecita de la niña. Tan alegre que era. Siempre cantaba sus óperas. Ojalá que no se muera, como mi sobrina, que fue envenenada por una enemiga a causa de celos y, luego, la tuvimos que amarrar de un árbol, porque le dio la rabia del demonio. Por más que le hicimos la lucha, no pudimos sacarle el mal. Decía que el cuerpo le ardía, y se retorció todita. Le llevamos al padre Sánchez, el que siempre confesaba a mi niña antes de casada, y se puso peor. Gritaba: «Ya mátenme, por favor, prefiero morir.

Mi sobrina grito durante tres días enteros hasta que mi primo le dio un balazo en la cabeza. Sus sesos quedaron embarrados en el árbol. Que Dios y la Virgen Santísima la tengan en su gloria. Todavía veo a mi sobrina escupir sangre azul.



FIESTA DE MASCARAS

Máscaras azul fosforescente buscan los primeros ojos, blancas se ocultan de los padres, negras con bordados de diamante esbozan un sueño, radas con alas de mariposa delirante de ansias, rojas de sangre manchan mis sábanas, playas mojadas, amaneceres jocosos.

Padre baila tango con mi madre baila salsa con la abuela. Esperanza ingiere conmigo bebidas extravagantes. Carros adornados de combate de flores. La reina de la belleza se pasea en una carroza de fuego Juegos pirotécnicos que memorias de adolescencia. Arcos romanos salpicados de pasión. Una mirada, un beso: dos miradas, un abrazo; tres miradas, un noviazgo.

Lánguidas miradas paseándose con la luna de cobre. Sangre de gitana. Mitad mármol, mitad placer. Entrelazar los de dos con diamantina de regocijo. Escondese detrás de los laureles atrevidos de la Espantar un enjambre de abejas en busca del Presagiar el amor con una baraja usada Adelantar la intuición. Ceder al asecho. Coquetear con crista les de Imaginar un volverlo una pared caliente. Cepillar el pelo de la expectativa. Platicar pensamientos pecaminosos con el cielo. Recoger, sin 100 caras de caricias que esconden la belleza de mis 14 años. Dejarme fotografiar en sepia con coronas de despedida. Apagar el dolor detrás del dolor, en un desmayo aniquilador, con el recuerdo del confesionario.

Mi madre y padre cerraron el cuarto de los recuerdos como a las siete de la mañana. Me llevaban cargando. Me encontraba completamente borracha.

DE DONDE VINO ESPERANZA

Esperanza me contó que ella nació en un planeta donde crecen viñedos de alegría, fluyen ríos de cánticos, cosechan castaños de humildad, guardan reglas de modestia, cursan estudios para graduarse como jóvenes milagrosos y es requisito esencial nunca dejar de ser joven para nunca perder los poderes. Le pregunté si tenían padres, y me dijo que ellos nacían de la manzana madre omnipotente del arte, pues su tarea principal era la creación. Entre los jóvenes milagrosos hay quienes tienen sus limitaciones, porque se vuelven ambiciosos, y

comienzan a recolectar sus creaciones, sin compartirlas. Las limitaciones consisten en que no pueden viajar a planetas recónditos y sus obras se archivan en grandes almacenes de olvido. La gran ventaja de los jóvenes milagrosos es que nunca envejecen.

Yo me gradué con la tesis *Hacedora de milagros Opus 92* con mención honorífica, Cuando me dieron el certificado, mi madre manzana omnipotente estaba orgullosísima. Ese día, el de mi graduación, me puse tan contenta que pinte toda la escuela usando una técnica innovadora con pinceladas gruesas de payasos plateados. Una vez que nos graduamos, nuestra misión es realizar milagros.

Nos acercamos, con cuidado, al lago donde se reflejan las penas. Ahí, te conocí. Tu pueblo proyectaba, perfectamente, su estado. Como vi lo de la plaga, vine directamente a la fábrica de zapatos, pues en tu planeta podía desarrollar la sabiduría aprendida en la Universidad de Jóvenes Milagrosos. Lo que más me gustó fuiste tú, porque te pareces un poco a nosotros. Miré su isa eterna de ilusión. Una máquina escupió un zapato de romanticismo. Esperanza me abrazó, con fuerza. Por último, me diseñó un impermeable de amor, y me dijo: <<Encuentra en el cementerio al hombre que te despertó la pasión. La pasión es como nuestra madre manzana omnipotente: crea belleza>>.

M PRIMERA PASIÓN

El sonido del silencio y mi presencia en las calles atrajo al hombre víbora. Se arrastraba curvando mis pasos, abría la boca, hacía sonar su cascabel. Experimenté la sensación de perderme en un desmayo de horror. Si el mismo horror que sentí cuando se escapó el león del circo, y se acercó a mí como queriendo devórame.

Debía pensar en algo bello, Desenterrar de la memoria a mi primera pasión. La imagen se fue haciendo más clara: sus ojos son penetrantes, moros; su pelo, ensortijado; sus labios tienen una mueca entre cinismo y sinceridad. La pasión crea belleza, decía Esperanza. Todavía lo puedo ver, me espera, sin permiso de mis padres, en el callejón del beso. Hay que bajar zigzagueando por los túneles del primer encuentro. Fue en la tienda del pueblo, cuando él tenía 19 y yo 16 años. Juntos paseábamos, dándole vueltas a la luna de cobre. Nuestras almas se parecían tanto que verlas despertaba una atracción por las profundidades. Nos hundíamos por las noches, en ritos de miradas. Y eso, sólo eso, despertó la pasión que debía llevar a la fábrica de zapatos.

Sabía que nuestra separación lo tenía aniquilado, pues la pasión y la creación no pueden estar separadas. Su familia era judía y era señalado por su religión. Pensé que debía tener un amor, algo que lo mantuviera vivo.

Bajé por la vereda de los cipreses esquivando agujones, espinas y tumbas. Era difícil encontrarlo entre la muchedumbre, y me impresionaron los enfermos. ¿Tendría todavía mi foto con el corazón resquebrajado? ¿Reconocería mi rostro después de tantos años? ¿Me besaría, como antaño, con la dicha en los ojos? ¿Recordaría su primer poema, el último? ¿Guardaría los secretos de las minas abandonadas? ¿Tendría guardada mi máscara negra con bordados de diamante? No dudé más. Nuestro abrazo habló por nosotros. Nuestro camino a la fábrica fue un manjar, una delicia. Le revelé un secreto: tenía un amante imaginario, pues me había casado con un hombre ola. Me dijo que tendría que enfrentarlo. Si, le dije, cuando terminemos de curar al pueblo y la fábrica de Padre se extienda por todo el mundo.

BUCOLICA

Cuando mi primera pasión puso el pie de ensoñación en la fábrica de zapatos, todos empezaron a recuperar el entusiasmo perdido por el paso de los años. Mi abuela se puso rubia de ojos azules y embelesados, y de inmediato le pidió a Esperanza estambre para tejerle a tan célebre acompañante un suéter con plumas de pavorreal, pues los pavorreales son elegantes y un poco altivos. Padre, quien siempre había amado el canto, se sentó a componer la más bella ópera de amor para mi madre. Ángel almacenó, clasificó y etiquetó todas sus hierbas curativas en jarrones de crisantemos, ya que Esperanza y la pasión le recordaban los años productivos en que pasaba horas platicando y curando a todos los que fueron conociendo su fama. Esperanza saludó a mi primera pasión con un beso en la mejilla, como si la conociera desde antes. Le pusimos el anillo y el color fue amarillo: estaba nervioso y tenía incertidumbre del futuro. Ángel le dio un té de azahar. Mi primera pasión escribió sus vivencias en el escritorio de contar verdades.

El pueblo ya no me reconoce. Me ve con extrañeza. Lo único que le preocupa es la epidemia, las diferentes enfermedades que deforman el pensamiento y el miedo de morir. Está muy triste. Todos mis intentos por ponerlo a trabajar fueron en vano. El cementerio está lleno de envidia. Todos me ignoraron y me agredieron. En su afán por regresar a sus bienes materiales, no les preocupa ocuparse en algo. A mí, me tacharon de engreído y presumido. Qué poco conocen mi esencia.

Dos lágrimas transparentes resbalaron por sus mejillas al terminar de escribir. Esperanza le dijo: <<Yo sé que tu más grande deseo es volver a escribir poemas. Toma esta pluma de calma, y escribe tus más bellos poemas. Cuando los termines, los llevaré a mi planeta. En la Universidad de Jóvenes Milagrosos, lo primero que nos enseñan es la sensibilidad. Con ella, escribimos poemas y notas para partituras que seguidamente, se presentan en el teatro ubicado en la montaña de terciopelos multicolores. Las mejores obras son aplaudidas con lágrimas, que son el mayor reconocimiento en nuestro planeta. Qué bueno que llegaste. Vamos a buscar a la madre. De seguro escribirá una obra de teatro>>. Todos fuimos a buscar a mamá.

POESIA

Para nuestra sorpresa, mi madre, disfrazada de cocinera, había preparado la cena que debió servir para Padre todas las noches; la había pospuesto por rabia, rabia de celos, rabia de saberlo en brazos de otras mujeres. Cuando Padre con cierta vergüenza le entregó la ópera titulada *El perdón*, mi madre comenzó a llorar, porque eso de llorar es muy de familia, igual que la hermosura. Lloramos por todo: cuando un familiar triunfa, cuando un familiar fracasa, cuando un familiar se enferma, también cuando se cura. Somos una familia melancólica; algo difícil de asimilar. Nuestra fuerza se cifra en la unión inculcada desde niños por algo parecido a la madre manzana omnipotente de Esperanza. Nos sentamos en la cocina, el lugar más acogedor de la casa, el más frecuentado, el más querido. Mi madre preparó un pastel de navidad, un pavo relleno de carne molida con almendras, pasas, piñones y, para acompañarlos, vino melodramático, una ensalada de manzanas con nueces, piña, yogur y bombones. Recitamos poemas. Mi primera pasión recitó un poema que siempre me había gustado, como me gustan los peces que nadan en mares caribeños: inquietos, juguetones.

Luis continuaba bebiendo y frecuentando a su puta favorita. Ella se sentaba en su regazo, lo incitaba rodeando su cuello con sus brazos. Se llamaba Gloria y en la gloria se sentía él cuando ella arqueaba su cuerpo, como una serpiente, y él tenía en mente a su mujer. Para él, Gloria era Lupita, la que no correspondía a sus caricias, pero quién sabe a qué otros hombres se les había ofrecido su esposa de esa manera. En muchas ocasiones, se quedaba dormido, y Gloria, ambiciosa y traviesa, se apoderaba de más dinero, pues sus hijos eran seis, ella vivía en un barrio pobre y había aprendido de sus compañeras los movimientos y demás armas para seducir a los ricachones y robarles en el momento oportuno, como era inteligente, escogía a los que eran hacendados o dueños de grandes parcelas, porque su intención era enloquecer de sensualidad a los pudientes. Más tarde, cuando Luis comenzó a llamarla Lupita, comprendió que no era la elegida, pero se conformó con los regalos y las joyas, que de inmediato les mostraba a sus compañeras, quienes de sobra sabían que Luis la prefería por ser rubia falsa de ojos claros y buen cuerpo.

Por las noches, Luis buscaba a su hija en casa de sus padres, y no podía negar que era su mismo retrato, porque sus pequeñas facciones eran el reflejo de su cara en un riachuelo en el lago. Lupita se acercó a su escritorio y, dándole vueltas al anillo, escribió:

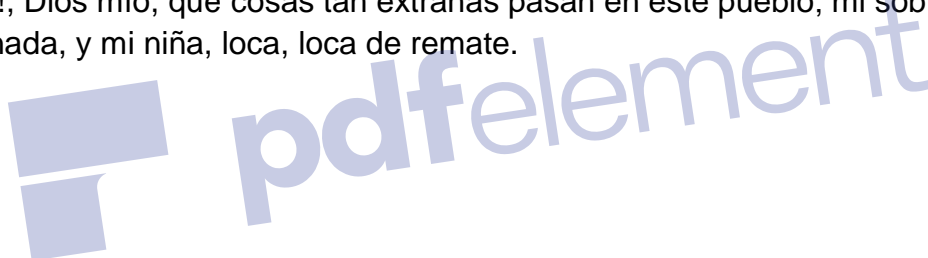
Espero un árbol enfermo. La náusea me dice que es hijo del padre Sánchez, porque así lo cree el hombre ola. El tren está lejano de aquí. Se llevan a mi madre los villistas y nadie me comprende. Me siento sola en el mundo, y no sé por qué las manecillas del reloj retumban tan fuerte en mi cerebro... Lo demás es sólo silencio.

El doctor Contreras quiso convencer a su paciente de que no esperaba ningún hijo del padre Sánchez. Tomó su mano y la puso en su vientre. Ella retrocedió. Hoy, te veo mejor. Herminia me dijo que ya no dejas los platos llenos. Mira el horizonte, los árboles. Ella habló, finalmente, y dijo: <<Espero un árbol enfermo>> El doctor sonrió, porque era la primera vez que hablaba.

HERMINIA

Hoy, tuvieron que hospitalizar a mi niña. Se puso más mal con eso de las inyecciones y más, aparte, quien sabe qué cosas tan extrañas está hablando. Subí a llevarle su cena y me dijo: << Ya encontré a mi primera pasión>>. En ese instante, que se cae para atrás y yo que no sabía dónde dejar la bandeja con la comida que no come. Vi la sábana toda manchada de sangre. Corrí por su papá que estaba en la fábrica; cuando llego, le levantó la cabeza y le dio a oler alcohol. La niña volvió en sí y lloraba: <<Ya se murió mi árbol enfermo. Lo arroje en el baño>>. El señor volteo, todo desesperado, y me grito: <<Dile al chofer que me ayude a llevarla al hospital. ¡Qué chingados esperas!>>.

Ahora su mamá, que siempre me cuenta todo, está llore y llore. Se agarra las manos, como mi sobrina cuando le empezó a dar la rabia. ¿Será que aquí también están envenenados? Le tuve que hablar al esposo de mi niña para decirle que su esposa había perdido a la criatura. Me pregunto dónde estaba y le dije que en el hospital. Como aquí en el pueblo sólo hay un hospital de seguro ya se fue para allá. ¡Ay!, Dios mío, qué cosas tan extrañas pasan en este pueblo; mi sobrina, envenenada, y mi niña, loca, loca de remate.



EL POETA

Una luz tenue se reflejaba en el cuarto de los recuerdos cuando abrió la puerta mi primera pasión. Nos amos, profundamente, como añorando nuestro amor, porque un verdadero amor nunca se olvida.

Transcurrió largo rato hasta que por fin brotaron las primeras palabras, como recordando un sueño del que todos se burlan, pero es real, más real que un rey con su nostalgia. Quiero ser poeta como tú, le dije. Para escribir un buen poema, necesitas conocer la vida, afirmó. Yo le pregunté si los poetas son tristes. Me dijo que un poeta, un verdadero poeta, tiene que sentir el poema, tiene que sangrar, herir profundo. Después de perderte, escribí 200 poemas de amor.

Era el día de hojarasca, el día en que se mezclaron todas las hojas de diferentes tonalidades, formando un círculo verde oscuro. Largo tiempo pasó hasta que la hojarasca y la lluvia de rayos me llevaron al cementerio del pueblo enfermo.

--¿Y no podrías buscar un amante imaginario?

--No, los amantes imaginarios son difíciles de encontrar, aun para un poeta que ha sufrido, como yo.

--Pues yo lo encontré -le afirmé. Lo busqué en esta casa de mis padres, que encontré igual de vacía que yo. Tú sabes que mi esposo se murió y que yace enterrado en un panteón lejano al que nunca voy. Dejé de ir cuando comprendí que hay que olvidar el odio, porque, ¿sabes?, yo lo odié y ese odio me aniquiló a mí también. Perdí mi juventud a su lado y jamás volví a creer en los hombres. Pensaba que me asechaban por mi belleza, como el padre Sánchez y otros dos hombres que me violaron cuando supieron que era viuda y ya no tenía un hombre que me respaldara.

--¿Por qué no los acusaste?

--Por miedo, miedo de que no me creyeran, de que dijeran que los había provocado. Tú sabes que yo era muy platicadora y abierta. La gente se identificaba conmigo, así como lo hago ahora contigo. Cantaba a la gente, sin miramientos, las canciones de Verdi, de Puccini. Quería que me admiraran, que reconocieran mi talento.

--Mírame, amor mío, fuiste tú quien descubrió, por primera vez, ese talento cuando entonaste tu primera canción. Así des cubre un poeta su primer poema, aunque tenga defectos y no sea perfecto. La perfección se alcanza con estrategias, herramientas y mucha dedicación. Cuida los detalles de tu esencia, ellos son más importantes que la perfección. En cuanto a tu talento, recuerda que existen muchos talentos enterrados, como tu esposo ola en el cementerio judío, al este del paraíso.

Me despedí de mi primera pasión con el beso que nunca nos dimos. Nunca seríamos amantes, lo comprendí, pero podíamos ser buenos amigos. La amistad entre la creación y la pasión podía palpar el contorno de una sombra.

OBSERVAR

Esperanza vino a buscarme, y me encontró en mi lecho de añoranza. Me invitó a emprender un viaje a su planeta, pues está un poco cansada y necesita recoger sus libros, ver a la manzana madre omnipotente y traer dulces de amabilidad. Ha notado que la amabilidad es imprescindible en estos quehaceres de curar el alma. Yo empecé a complicar todo. No tengo papeles para viajar: mi pasaporte está vencido, no tengo credencial para votar. Me abrazó con sus abrazos consoladores.

--Ves mi vestido de hojas, mariposas y plumas verdes?

--Sí --le dije.

--Ahora, te enseñaré el primer curso elemental para hacer milagros. Observa con los ojos cerrados.

Esto es lo que descubrí: dos coronas de luz transparente se mueven hacia abajo y hacia arriba. Espuma nacarada en forma de conchas con diamantina de regocijo flota en el aire. Una ven tana con un marco churrigueresco cuelga de una estrella. Detrás de la ventana, estoy sentada en el balcón de mi recámara. Reconocí los pensamientos pecaminosos, las fotografías en sepia colgadas en el cuarto de mis padres. Distinguí a mi madre orando a la Virgen del Perpetuo Socorro, pidiéndole que mi alma no se apagara en las playas embrujantes de mi depresión.

Esperanza tomó mi mano. Experimenté alivio. Abre los ojos, me dijo, ya llegamos a mi planeta. Esto es lo que descubrí: el planeta de la joven milagrosa tiene fuentes fosforescentes, bosques que can tan, aves que transportan a los jóvenes. El lago que refleja las penas está protegido por dos arcoíris para que nadie se enferme. Hay casas con columnas en forma de sirena. Frente a ellas, un jardín

tridimensional con flores de cisne. Una cascada con hilos de oro rodea al planeta. La montaña de terciopelos multicolores con el teatro donde se presentan las obras está a dos cuadras de la casa de la manzana madre omnipotente. El cielo tiene cinco soles y una luna en forma de conejo. Proliferan los aromas de unas flores lilas que cuelgan de grandes macetones en las entradas de las casas. Las macetas tienen pequeñas partículas de vidrio, en las cuales se pueden ver planetas con príncipes y rosas. En cuanto a los mares, existen dos océanos: uno al oeste, llamado Magia Atrevida, y otro al este, llamado Ver con los Ojos Cerrados. Cuando vi los viñedos de alegría, los ríos de cánticos celestiales y los castaños de humildad, comprendí que estaba enseñando a caminar a mi nieta Diana.

CABALLOS DE MAR

La manzana madre omnipotente nos recibió en su casa a orillas del mar de la Magia Atrevida. Ella conoce a todas las personas que han sufrido a través del lago, que refleja las penas, por lo que al verme me saludo y me dijo:

--Has sufrido mucho, ¿verdad?

--Sí.

--Bienvenida a mi casa, que es la casa de la paz. Aquí, te sentirás mejor.

Un sirviente trajo una vajilla con incrustaciones de corales rosas. Me sirvió un té de una flor lila con azúcar de gentileza. Especulé si podría ser un sueño mirar tanta belleza a mí alrededor. La paz del alma me hizo olvidar mis sufrimientos. La madre me preguntó si no era una tarea imposible la labor de curar almas en mi pueblo enfermo. Le dije que sí, pero que no estaba sola. Ya lo sé, contestó. Las mujeres, como tú, necesitan un padre, una madre, una abuela, un hermano, ¡ah!, y su primera pasión. Obviamente, necesitas a mi hija, y cuando la veo tan creativa me pongo muy contenta.

--Tú eres más privilegiada que yo --afirmé--; estás acompañada de jóvenes milagrosos. ¡Imagínate!, sólo crean belleza. Esperanza, desde que llegó a la fábrica de zapatos, lo único que ha hecho es lograr maravillas.

--Es cierto --me dijo--. La extraño mucho. Es una de mis hijas predilectas. Ella lo sabe, pero jamás será engreída por ser mi favorita. Me siento satisfecha de haber sido su madre. Sé que regresará siempre a visitarme, pues aunque yo le di toda la libertad de ser autónoma, ella nunca olvidara que nació de mí en el mar, entre arrecifes, caracolas y caballos de mar.

Jugamos adivinanzas durante el equivalente a un día de nuestro mundo. La madre ganó todas las veces. Debe haber usado unos trucos de mariposa cuando se ponen borrachas de chupar tanto néctar de alcohol.

ABANICOS DE ESPUMA

Las olas del mar de la Magia Atrevida son abanicos de espuma que se persiguen, como soldados, para ver quién vence a la arena. Esperanza juega construyendo estatuas de arena satinada. Ayer me explico cómo aprendió a volar. Tu mente debe estar en blanco, como la de una gaviota cuando abre sus alas horizontalmente. Suéltate, déjate llevar, no pongas ninguna resistencia, porque puedes perder el equilibrio. Recuerda, sólo los que se atreven aprenden a volar. Yo aprendí a volar en la montaña de terciopelos transparentes. Mientras más feliz estés, más te elevaras. Caí varias veces al mar de picada y unos pelícanos flecha me rescataron, pues por miedo nunca aprendí a nadar. Miré a los cinco soles que despedían una felicidad que cegaba. Cerré los ojos, volé, volé, durante cuatro días y tres noches. Los jóvenes milagrosos aplaudían con lágrimas. Los jóvenes milagrosos re vivieron las mañanas jocosas cuando en mi cama se reunían a contar chistes mis ocho hijos. Algún día, compartiré con ellos la experiencia de dejar la mente en blanco y aprender a volar.

Esperanza ensartó conchitas verdes con un hilo de oro que obtuvo de la cascada que rodea su planeta y me regaló un collar. Es impresionante; estos jóvenes son imprescindibles.

BOSQUES QUE CANTAN

En un lugar alejado de la playa, por una costera de palmeras, están los bosques que cantan. Caminamos un largo tramo. Yo me cansaba, me quejaba, le suplicaba a Esperanza que voláramos, pero ella me dijo:

-- Tienes que caminar para conocer bien el planeta. Caminar es como presagiar el amor en una baraja usada.

--¿Por qué?

--Porque las aventuras son las travesuras de este planeta. Cuando fuiste con la gitana de ojos misteriosos a los 16 años para saber con quién te casarías, estabas buscando aventuras.

-- Pero tú lo dijiste, tenía 16 años, ahora, me canso; no es lo mismo.

--Nunca es tarde para las aventuras. He conocido mujeres más viejas que tú más dispuestas a entrar al mundo aventurero. En ese instante, recogió del suelo una hoja con lunares de limones. De la hoja, sacó otras hojas hasta formar una lámpara piramidal.

--¿Ves? Ésta es una creación especial para mujeres que olvidaron lo que es la aventura.

Me puso la lámpara en la cabeza. Me dio risa. De repente, se paró frente a un árbol, apretó con fuerza su vientre y emitió un sonido: ¡ay!, ¡ay! Los bosques contestaron, como eco: ¡ay!, ¡ay!

--¡Ay!, si tú supieras cómo cantarle a los bosques. Imítame --dijo.

--¡Ay!, si tú supieras cómo cantarle a los bosques. Los bosques repitieron la melodía.

--Muy bien, formaremos un coro. Tú serás la primera voz, yo, la segunda, y los bosques serán tenores, barítonos y bajos. ¿De acuerdo?

--De acuerdo --le dije.

--¡Ay!, si tú supieras cómo cantarle a los bosques, encontrarías armonías que despiertan a los soles.

Es increíble: después de tantos años, vuelvo a cantar no en la Scala, de Milán, como me lo prometió mi maestro de música de pelo cano y ojos regañones. Hoy, canto en el planeta de los bosques que le cantan a los cinco soles.

Antes de abandonar los bosques, Esperanza me dijo:

--Estos árboles aprendieron a cantar gracias a que nunca dudaron, pues la naturaleza es constante y sabia, como tú.

--¿Yo? Yo no soy sabia.

--Sí --afirmó--; tienes la sabiduría de tu abuela Toña, quien está frente a la fábrica de zapatos.

EL LAGO DE LAS PENAS

Esperanza me diseñó unas gafas para que protegieran mis ojos cuando llegáramos al lago de las penas, pues estaba protegido por dos arcoíris. La sensibilidad de mi vista nació en el líquido amniótico de mi madre cuando ella recitaba con voz ronca y profunda las obras de Shakespeare, y la daga de Julieta atravesó su vientre preñado.

Un letrero decía: «Cuidado, éste es territorio prohibido». Me asomé al lago. Padre me tomaba la mano cuando un carro atropelló a un perro. La bestia se retorció de dolor. Padre, por fuerza, me hizo cruzar la calle. Yo presentí la mordida del perro. Su hocico infernal se parecía a los de los cuentos, donde los perros demonios se aparecían en las carreteras de terracería que conectaban un pueblo con otro. Aquí, todo era pueblo y mucho polvo. La mordida fue en la pierna izquierda y no sólo encajó sus dientes en mi extremidad, también vomitó un líquido parecido al color amarillo del ser abominable que mantiene preso en su cárcel de culpas al cura Sánchez.

Desgraciado cura. Todavía tengo en la mente esa tarde cuando salí del colegio y fui a confesarme. La iglesia estaba vacía. Me puso frente a él, tomó mi mano y frotó el animal que tenía entre sus piernas hasta que un líquido lechoso quedó embarrado en mi mano. En cuanto vio a las monjas, retiró mi mano y me dio la absolución de los pecados. Como yo nunca le hice caso de ir a confesarme en secreto y en su cuarto, anduvo inventando chismes de mí con mi primer novio. Decía que me había metido con él, que me había tocado partes íntimas, que estaba condenada, porque no me confesaba. Los chismes corrían, como las flechas de los pelícanos que me enseñaron a volar.

Cuando me casé con el hombre ola, me dijo que perdonaba mi pasado. Yo era tan inocente que ni entendí qué quería decir me con eso del perdón. Cuando me puse más mal de los nervios, Padre fue a buscarlo con una pistola, porque lo quería matar. Mi suegro sacó la suya también y se hicieron de palabras. Por último, cuando los ánimos ya estaban bien calientes, Padre bajó la retaguardia y le dijo: «No lo mato ni a usted ni a su hijo, porque ya tengo una nieta». Cada vez que veía a mi esposo, temblaba. Pero en el cementerio, todavía tengo que ir a curar almas. Qué bueno que la fábrica de zapatos está por reabrirse otra vez. Vaya que hace falta, mucha falta.

Esperanza me quitó los lentes. Teníamos que regresar a la fábrica de zapatos.

El Salón Lolita, circular y rojo, apenas alumbrado por velas, recibía a uno de sus clientes consentidos. El hombre frente al aterciopelado bar era un fortachón sin pelo, y esbozaba una sonrisa de lado a lado. Su apodo era Joaquín, y se rodeaba de buenas mujeres y mejores licores, Sus carcajadas se escuchaban en todo el lugar. Con desenfado y desenvolvimiento, se la pasaba contando chistes colorados, llevándose el dedo índice a la boca, simulando que no debían divulgarlos y menos decir su verdadera personalidad, Sus regordetes cachetes mostraban besos al rojo vivo, y señalaba que la que tuviera los más grandes glúteos se ganaría varios miles de pesos en los pechos. Su lujuria se acrecentaba con estos juegos atrevidos, dirigiendo miradas lascivas a sus acompañantes.

Sánchez predicaba en el púlpito, enseñando otra doctrina, Se podía decir que el poder de atraer y fascinar a cientos de feligreses le fascinaba. Las solteronas tejían sus vidas sentadas junto a los macetones de helechos, jurando que era un hombre recto, dispuesto a dar su vida por terminar el nuevo templo, que alcanzaría alturas descomunales. Los creyentes ahorran, día con día, para que el piadoso padre lograra su cometido, ignorando su doble vida. Poco a poco, sus mentiras lo llevaron a ser el hombre más abominable del pueblo.

Las mentiras no alcanzan grandes distancias. Un sábado grisáceo, Luis lo descubrió en el Salón Lolita; se insultaron, mutual mente, rompieron sillas, vasos, mobiliario. Entre cuatro hombres lograron detener a Luis, pues su furia semejaba un barco en plena tormenta. Ambos quedaron con las camisas ensangrentadas. Luis no lo mató, porque su pensamiento dio varios giros.

Luis corrió al lado de su esposa, quien dormía, y la enfermera le enseñó al hijo que el doctor Contreras había traído al mundo tras un parto extremadamente doloroso, pues el hombrequito había pesado más de cinco kilos. Luis se acercó a ella con ternura y le dijo: «Perdóname, pero no puedo olvidar»

Contreras le preguntó a Luis, con rigidez, que le había dicho a su esposa, y le enseñó lo último que Lupita había escrito.

El mar pelea contra la marca.
Estoy maldita. No quiero al hijo
de mi padre. Llévenselo antes que él
lo vea. Llévenselo.

Luis inclinó la cabeza, avergonzada, como si su prisión fuera una duda dura. «No puedo contestar, doctor», respondió, inclinando la cabeza. Al notar sus heridas,

Contreras se percató de una íntima perturbación que una vez más sumía a Luis en un mundo atormentado, y no dudó en pensar que su mudez se debía a una congoja que lo señalaba, desde su punto de vista, como el causante de la demencia de su mujer, sin excluir que él también era víctima. Contreras le entregó a su hijo después de curarlo. Antes de salir del cuarto, Luis miró a su mujer, como deseando decirle «ámanos».

Por la noche, la casona que quedaba muy cerca de catedral se llenó de algarabía, al ver al pequeño Ernesto, quien dormía, con placidez. Luis habló con su madre en el comedor, que estaba revestido de grandes ventanas biseladas, y le preguntó cómo perdonar un pecado. La buena mujer, sin imaginar lo que pasaba por la mente de su hijo, le contestó: «Vete a confesar. Yo encuentro mucho consuelo con el cura Sánchez». Luis rio, con ironía. ¿Cómo convencer y romper la imagen de un hombre idealizado? Antes de retirarse, le explicó a su madre que lo habían asaltado. Se refugió en el alcohol, una vez más, y miró la vacuidad preguntándose quién podría ayudarlo. Los siguientes días, hubo una tormenta que inundó el pueblo, y hubo que transportarse en pequeños botes, como si fuera la gran Venecia.



HERMINIA

A cabo de bajar de ver a mi niña. Ahora sí que le afectó lo del parto. Dice que cuando se muera se va a ir con una joven milagrosa a cantar, a volar. Que yo sepa, sólo las vírgenes, Jesucristo y los santos hacen milagros. Eso sí, por fin ya no me avienta la charola. El doctor que la inyecta dice que eso es muy bueno.

Mi amiga la leprosa perdió un dedo ayer. Imagínense la cara que pondrá cuando le cuente que mi niña ya tiene una joven milagrosa. Tanta falta que nos hacen los milagros. Esas ideas de seguro se las metió su hermano Ángel, porque es más ocurrente que nada. ¿Y qué tal si sí existe esa joven milagrosa? En este pueblo puede pasar cualquier cosa.

El señor Agustín, quien cuidaba tanto a sus hijas para que no se le fueran con un hombre y las llevaba a misa a las cinco de la mañana, está llore y llore. Y, pues, no es para menos. No dejaba que nadie se les acercara. A la mayorcita se la llevó al convento y a los cuatro meses salió embarazada. Dicen que es hijo del cura Sánchez. Padre nuestro que estás en el cielo.

Yo la verdad ya no me voy a ir a confesar con él. Mi patrón se la pasa cantándole óperas a su hija. Ya no pone un pie en la fábrica.

La leprosa me dijo que traiga agua bendita de la iglesia para proteger esta casa. ¡Ay!, Diosito santo, líbrame de la enfermedad de mi niña. El señor, su esposo, cada vez está más preocupado.

Ahora que estoy sola voy a llevarme unas latas de aceitunas, jamón, chorizo y aceite de oliva, que al cabo aquí el dinero sobra. Hace un mes, vino mi amiga la leprosa y aunque la quise esconder en la despensa, el señor Ángel la vio. Quedó impresionado, pues ya se le habían caído grandes pedazos de carne. ¿Qué creen que pasó entonces? Subió las escaleras rápidamente, y trajo una espantosa tarántula peluda que consiguió en las cataratas de quién sabe qué lugar de América del Sur. Le dijo a mi amiga la leprosa que la pusiera en un tambo grande con mucha agua, porque ahí soltaría la tarántula su veneno y sanaría. Como esta casa es tan misteriosa, pues yo le tuve fe, como a Jesucristo. Ángel saludo, muy amistosamente, a la leprosa, y le dijo:

--A ver, mi hijita, ¿estás malita? No te preocupes. ¿Ves esta hermosa tarántula?

--Sí --le contestó mi amiga, con repulsión.

--La traje de Brasil de las cataratas de Iguazú. Es el mejor remedio para esa carita que se te está cayendo.

Pasó una semana, se le achicaron las orejas, pasó otra semana, se le fueron cicatrizando los orificios; a la tercera semana, su cara volvió a ser como antes. Yo le prendí una veladora a la tarántula, y le recé todo el mes para que mi amiga se curara. El señor Ángel ya tiene fama de curandero en todo el pueblo. Ya hasta los gringos lo vienen a ver. Forman filas afuera de sus dos casas. En una, atiende a los enfermos; en la otra, descansa con una mujer que parece gitana, morena de cabello largo y guapa, muy guapa. Él se pone bien contento, se compra sus bebidas color chocolate, su tequila y hace reír a la gente.

En cuanto a mi niña, tuvo un hijo al que el señor Luis le puso Ernesto. Se lo llevaron el mismo día que nació, y lo dejaron con sus suegros. Ayer, cuando bajó a comer, me dijo que el amor es una ola que avienta a los humanos contra las rocas. Pobrecita de mi niña.



RETORNO A LA FÁBRICA

Para regresar a mi pueblo enfermo, hay que ir zigzagueando, tener la tristeza de las minas abandonadas por los ingleses, sentarse a llorar bajo un laurel, donde la vida no vale nada.

El cementerio, por la plaga de la gente agresiva, nerviosa e intolerante, está más desolado. Los hongos verdes han afectado los pulmones de sus habitantes. Una tos severa, insistente y perseverante es emitida como un chillido que suena a chelos desgarrantes.

Bajo por la barranca de la envidia. Debo llevar a Teresina a la fábrica de Padre. Teresina me mira con ojos obsesivos. No quiere venir conmigo, se aferra a su tumba, como una serpiente a su árbol. Ella sigue siendo la enemiga de los carros adornados y los paseos por el jardín, donde una mirada era un beso.

Las lámparas de cristal cortado del club de la vanidad están encendidas. Yo cepillo el pelo de la expectativa. Tengo 17 años. Teresina se pavonea, como reina. Aquí, se compite por ser la más bella y la más bella siempre soy yo. Todos me miran. Quieren llevarse mi belleza como si descubrieran en mí algo que no poseen. Mi vestido es sencillo, ceñido de la cintura, con una falda recta, larga, de seda negra. El escote es profundo, porque esta noche quiero ser provocativa. Quiero que el hombre moreno, atractivo y enigmático me saque a bailar a mí y no a Teresina.

Sé bien que Teresina se retuerce y se embarra en las paredes que le escurre saliva de coraje, porque todos los hombres del y pueblo me desean. Ella quiere ser yo, pero nadie puede ser yo. Yo tengo que vivir las consecuencias que arrastra ser bella, como una mañana con café tostado en La Habana en tiempos de bonanza.

Mi expectativa se cumple: el hombre ol no saca a bailar a Teresina, que es la reina de la belleza esa noche. El baila conmigo, la verdadera reina; me declara su amor, me pide que me case con él.

¡Oh!, Teresina, si tú supieras las consecuencias que arrastra mi belleza. Puede desatar lluvia de rayos en mi pueblo enfermo. Ven conmigo, vamos a la fábrica de zapatos. Para llevarme a la envidia a la fábrica de zapatos, tengo que entonar el canto que me enseñaron los bosques cantores y volar con los ojos cerrados.

Ángel conoce a Teresina. Sabe que codicia lo que no tiene.

La mira con picardía y le dice:

--Mira nada más quién está aquí. A ti no te tenemos que poner ningún anillo. Tú te alivias con una platicadita conmigo. A ver, te voy a quitar, primero, los malos espíritus que andas arrastrando. Te voy a dar una limpiadita con el huevo negro. Mira, Teresina, no sólo traes tierra de panteones, también estás haciendo el berrinche de tu vida. A ver, por qué si habías invitado a mi hermana, también quisiste que el que fue mi cuña do participara como chambelán en tu coronación de reina de la belleza. ¿Qué querías provocar? Mi hermana, por un lado, con el escote largo, para que se le notaran los pechos, y tú, por el otro, muy arregladita con tu vestido negro de chaquira bordado de pescaditos, para que se te notaran las nalgas. Luego que viste que mi cuñado sacó a bailar a mi hermana y que te quedaste enmedio del salón haciendo el ridículo más grande, corriste con tu madre. ¡Ay!, mami, hazme el moño. Cuando mi hermana se fue del pueblo, no cesaste en tu empeño de ser la más bella, y te fuiste a una clínica francesa para que te dejaran bella, como Blancanieves. ¡Ay!, Teresina. Mira, para la envidia, tengo unas hierbas buenísimas. Son las hierbas de la ignorancia o un vale madres. A ver, chulita, abre la boquita. Aquí están unas gotitas de extracto de ignorancia. Tú vas a trabajar como adornadora, y date de santos que los rayos no te mataron.

Teresina no pudo ni hablar. Los hongos verdes, la tos y el mal del alma se le quitaron con los remedios de mi hermano Ángel. Ya teníamos una trabajadora más.

DIOS

El cuarto de los recuerdos estaba en penumbras. Así se había acostumbrado a vivir mi primera pasión. Su alma de niño seguía escribiendo poemas, poemas que quizá nadie leería, porque, ¿a quién le interesa un poeta? ¿Quién entendería sus tristezas? ¿Quién comprendería su alma atormentada? Le platiqué de mi viaje al planeta de la joven milagrosa. Quedó maravillado, pues siempre le gustaron los milagros y la magia atrevida. Lo que más le gustó fue que aprendí a volar con los ojos cerrados.

--Ahora que estoy aprendiendo tantas cosas, me gustaría que me enseñaras cómo aprendiste a ser un poeta -le dije-. Yo también quiero ser poeta, como tú. ¿Qué requisitos se necesitan? Tú dijiste que hay que conocer la vida y la conozco. Ya

tengo un requisito. Dices que el poema debe sangrar, herir, ¿debo abrirme las venas, como mi hermano Ángel? —No --me dijo—

Tú vivirás muchos años. Tienes que vivir para que yo siga viviendo. ¿A quién le quieres escribir un poema?

--Aunque no lo creas, quiero escribirle un poema a mi marido. Quiero decirle que aunque él me insultó y llenó mi corazón de heridas, fue el padre de mis ocho hijos, y yo amo a mis hijos. De alguna manera, veo en ellos las cualidades que él tuvo. Recuerdo el tiempo en que trabajó con los alemanes. Regresaba a casa muy cansado. A veces me decía que eran muy duros con él, muy exigentes. Tenía que esforzarse para hablar su lengua y ser perfecto. Le revisaban las comas de las comas. Él era muy culto y estudioso. Logró ser el vicepresidente de la empresa. Cuando murió, me enviaron innumerables telegramas dándome el pésame «por tan irreparable pérdida». Después de todo, fue mi compañero durante 18 años. Todavía veo sus últimos días. Se acercó a mis hijos como nunca lo había hecho. Bailó con ellos, se interesó por sus estudios, por sus vidas. Siento como una necesidad de comprenderlo y olvidar el odio. ¿Qué me pasa?

--Estás reconociendo que para ser feliz necesitas olvidar y perdonar. Tu padre lo comprendió muy bien cuando compuso la ópera El perdón, para tu madre. Reconocer las cualidades de tu esposo, así como sus debilidades, te lleva a convertirlo en lo que somos: seres humanos.

--Muchas veces quise acercarme a la iglesia, comulgar, más el recuerdo del cura Sánchez me venía a la cabeza.

--¿Y acaso te olvidaste de Dios?

--Nunca. Tienes razón. Mi fe en Dios me salvó de no perecer.

--Entonces, escríbele un poema a Dios; eso te hará sentir mejor.

--¿Cómo empiezo?

--Con un solo pensamiento.

ALCANZAR

Para alcanzar al sol,
no se necesitan alas;
tan sólo extiende
tus brazos, deja que su luz penetre

en ti, que su calor te deleite.

Para alcanzar a Dios,
no necesitas volar al
cielo; tan sólo extiende
tu mano en cualquier
dirección. Ahí, ahí, está Dios.

DESCHAVETADAS

Mi madre, mi abuela y mi padre platicaban en la cocina de los chiles picantes.
Llegué como un gran descubridor que acaba de encontrar nuevas tierras.

--Mamá, papá, abuelita Toña, acabo de escribirle un poema a Dios, ¿se los recito?
Los tres escucharon con atención.

--¿Les gusta?

--A ver, hijita, ¿me lo repites?-dijo mi abuelita. Se lo leí cinco veces.

--Oye, ¿quién te enseñó a escribir poemas?

--Mi primera pasión.

--Yo ya ni me acuerdo si tuve pasión --afirmó mi abuela.

--¿No te acuerdas de mi abuelo Joaquín?

--Sí, me acuerdo cuando bailábamos vales en el Jockey Club en presencia de un presidente que duró muchos años, y mandó a sus enemigos a las mazmorras para que murieran escupiendo sangre y rodeados de ratas. Lo demás que recuerdo son balazos y gritos.

--¿Y tus hijos?

--¿Qué, yo tuve hijos?

--Sí, abuelita, tuviste nueve hijos.

--¡Ay!, Dios santo, ¿y por qué tuve tantos?

--Así se usaba.

--Pues, qué mala costumbre, ¿no?

--Oye, mamá --intervino mi madre-- ¿te acuerdas cuando mi papá se murió y te dio por lanzar el chal al aire?

--¡Ay!, hijita, ¿y por qué hice eso?

--Porque te deschavetaste de tanto dolor.

--Y quién no se iba a ¿cómo dijiste? -Deschavetar- le repitió mamá.

--Deschavetar, qué bonita palabra, suena como aventar el chal al aire.

--Pues parece que eso de la deschavetada es de familia intervino padre-. Primero usted, doña Toña, con todos mis respetos; luego, mi esposa y, por último, mi hija.

--Mira quién habla de cordura - dijo mi abuela.

--¿Ya te volviste santo? De lo que sí me acuerdo es que eras un renegado. Nunca ibas a misa y te burlabas de los curas. -Y qué quería que hiciera si eran mis acompañantes de parranda. Se quitaban el hábito, se disfrazaban, como su hija, y juntos nos íbamos a buscar viejas.

-- Mira nada más que descarado -dijo mi abuela. --

--Eso se da en las mejores familias, ¿Ya no te acuerdas que mi hermano era obispo?

--Y, usted, ¿ya no se acuerda que siempre le di dinero?

--¡Ay!, Dios mío. Qué descarado --suspiro mi abuela- mientras tejía su chal.

--Mujeres y juntas ni difuntas--grito Padre; azotó la puerta y se fue.

CÓMO ENCONTRAR AGUA

Esperanza y Ángel se encontraban en el jardín que conectaba la casona con la fábrica. Ángel había ideado una manera de encontrar agua. Con un alambre en forma de círculo, trataba de encontrar el líquido, agua, porque en el pueblo nunca lo teníamos. Esperanza estudiaba con gran interés sus movimientos, pues decía que los jóvenes milagrosos pasan la mayor parte del tiempo acumulando conocimiento.

--A ver, chiquita, déjame actuar a mí solito. Tú te sientes la muy muy, porque eres milagrosa, pero yo no canto mal las rancheras. Fíjate nada más cómo funciona

esta chulada. Tú nada más ponme algo en los ojos para que no vea, esconde agua en alguna parte de este jardín y ya.

Esperanza le tapó los ojos, con un palo hizo que brotará agua junto a las resbaladillas y esperó.

--Antes de encontrar el agua, quiero decirte este lugar es sagrado para mí. Aquí crecieron mis cinco hijos. Se fueron con mi mujer cuando se acabó la lana, porque ya ves, así son las mujeres. Sólo te quieren si tienes dinero. De cualquier manera, nunca nos llevamos bien; mi esposa y yo éramos fuego con fuego; eso no funciona. Ella se encargó de la educación de mis hijos, los mantuvo y les dio carrera. Yo sólo les di lo que me quedó: mi magia y mi arrepentimiento. Pero no hay que acordarse de cosas tristes. Mira, este truco para encontrar agua lo aprendí en África en una tribu donde estuve con un brujo que tenía la materia de la brujería, que es una sustancia amarilla localizada en el hígado. Ese brujo podía hacerle daño al que quisiera. Era de la tribu de los kuriri. Por las noches, el brujo dejaba salir una luz verdusca que iba dirigida contra su enemigo. La luz se anidaba en el cerebro y la persona enloquecía. La única manera de curarla era buscar el oráculo del príncipe del bien que se encontraba cerca de un pantano de cocodrilos enormes. El príncipe cortaba la corteza del árbol del bien, la convertía en masa y después se la daba en el pico a un pollo. El pollo se convulsionaba y vomitaba la masa. Ésta la ingería el que había sido embrujado, y sanaba. En caso de que muriera el pollo, na die podía curar al enfermo ni el oráculo del príncipe. Mira --dijo Ángel cuando terminó su relato-- ya está brotando agua. ¡Ay!, qué chulada de niña, se le ocurrió poner el agua en las resbaladillas, donde nos encantaba mearnos de la risa.

SOMBRA OSCURA

Busqué a mi amante imaginario en las orillas del río Nilo. Me abrazó. Sabía que estaba triste por enfrentarme sola al hombre ola. Tomó una mano, la otra. Besó el labio de arriba, el de abajo. Dibujó círculos en mis mejillas. Me dio largos besos de consuelo. Esta vez, nos amamos con las miradas como con mi primera pasión. Me sentó en su regazo y sus brazos fueron un balcón de quietud. Hablé con él. Quiero nacer en el planeta de la joven milagrosa, ser humilde, pasear, observar con los ojos cerrados, volar contigo al planeta de los cinco soles. Como soy una mujer que aprende mucho con los sentidos, supo que tenía que darme calor con sus manos. Seguiré luchando, le murmuré. Escuché el concierto para piano de Rachmaninov.

Sólo el mar es tranquilo cuando las tempestades huyen. Con renovados bríos, me hundí en el río Nilo hasta volverme una luz dentro de una sombra oscura.

Cuando Luis quiso matar al padre Sánchez, ya la familia Ponce lo guardaba en su hacienda en las afueras del pueblo. El padre, frente a la cruz de la capilla, rezaba, hincado, pidiendo perdón; por las noches, se flagelaba con varitas de ortiga. Durante el día, buscaba alivio en las parábolas del Evangelio. Lamentó haber herido especialmente a Lupita, pues sabía que estaba postrada en casa de sus padres, y le remordía la conciencia el daño que sabía le había causado. La inquietud por estar condenado por sus pecados se acrecentaba, día con día.

Entonces, supo de los criminales que dormían en las mazmorras y que se lamentaban de las ratas que carcomían sus cuerpos; de alguna manera, los envidiaba, porque aunque los Ponce lo protegían, él se sentía impuro cuando sus manos impartían el cuerpo de Cristo.

Luis se retiró al rancho de su papá y dejó de frecuentar a Gloria. Su culpabilidad se acrecentaba, pero los celos eran más fuertes que su voluntad. El deseo de buscar las más bellas palabras de amor para que su esposa volviera a ser la virgen inmaculada que era Guadalupe, símbolo de la patria, a quien veneraba hasta rayar en la demencia de un hombre desolado, estaba pululando en su mente, que trataba de encontrar con suelo.

Pensaba, también, en sus dos hijos, Celia y Ernesto; sentía un gran orgullo al verlos crecer e imaginaba que tendrían las virtudes de su madre; cuando llegaba el crepúsculo, miraba, cigarro en mano, el horizonte. El espectáculo lírico le despertó ese día una gran pasión por hacer verdaderamente el amor con su esposa y cuando su suegro -que revisaba la contabilidad de la fábrica- lo vio, esquivó la mirada.

No podía negarle que visitara a su hija, porque el doctor Contreras opinaba que parte de su sanación radicaba en que hubiera una reconciliación. Don Carlos llamó a la enfermera para que los dejara solos.

Luis subió las escaleras a zancadillas. La miró de perfil con una bata floreada junto a la ventana y anhelo que no lo rechazara, como de costumbre. La besó, le balbuceó aquellas palabras que dormitaban en la mente de su esposa y, aunque no respondió a sus caricias, se dejó tocar.

Mi pueblo había tenido cierta mejoría, pero se aferraba al pasado y negaba la posibilidad de la vida, pues el amor a la vida es el motor que acciona las máquinas en la fábrica de Padre. Busqué a Madre, quien siempre me acogía en su seno de amores.

Mi madre tocaba el piano suavemente. Sobre él, estaba un libro que había sido prohibido por Padre: *El erotismo*.

--¡Ah!, mamá le dije-. Así que encontraste nuestro libro predilecto

--Lo leí, con avidez de colibrí, cuando tenía 13 años. Me pareció una joya. Excelente.

--La lujuria, mamá, la lujuria.

--Eso te hubiera rescatado de la locura. Caer en los brazos de un amante que se bañara contigo y te hiciera el amor en la regadera o en el océano. ¿Te acuerdas que hablaba de las prostitutas? Si yo hubiera sido prostituta, me hubiera gustado escoger a los hombres o a las mujeres que se acostaran conmigo como la francesa que escribió el libro.

--El día que una prostituta pierde la confianza en sí misma, y se nombra Miedo, como yo, ese día deberá cambiar de profesión, pues las prostitutas son manjares pasajeros que se toman y, después, se olvidan.

--No estoy de acuerdo -protestó mi madre-, una prostituta jamás se olvida. Imagínate, ellas representan el pecado, la tentación. Un pecado nunca se olvida, hija mía. El recuerdo del pecado vive y revive en el alma de quien lo cometió.

--¡Ay!, mamá, no me vengas con tus melodramas y tus pecados. En todo caso, explícame cómo siendo tú tan católica leías libros eróticos.

--Por el teatro hija, por el teatro.

--Y qué, ¿el teatro es tu justificación?

--Es mi vida, mi pasión. Por eso, en las noches, cuando todos duermen, me levanto y actúo.

--¿Y si el teatro era tu vida, tu pasión, por qué no dejaste a Padre?

--Porque lo amé desde el día en que lo conocí en la fiesta de los españoles del pueblo. Me embrujaron sus ojos oscuros, sus manos seductoras. Cuando descubrí

que tenía otras mujeres, quedé muerta en vida. Después de tu nacimiento, nunca volvió a tocarme. El cine era mi tumba de muerte. Con las pastillas que tomaba, soñaba, cabeceaba, soñaba.

--Está bien, mamá, comprendo, pero prométeme que escribirás una obra en que seas una prostituta.

--Estás loca, hija. Vete, quiero hablar con *Loreto*.

LA GULA

Esperanza me dijo que tenemos que ir en grupo al cementerio Tiene la intuición de que los enfermos sólo tienen gusanos para comer, y ella está ávida de llevarles alimento. Yo le advertí que seguro, nos toparíamos con la Gula. Era un hombre pedante, presumido y siempre despedía gases fétidos. Probablemente, acu pararía la comida. Esperanza no me hizo caso, pues los jóvenes suelen tener sus propias convicciones. En una tarde lánguida y aburrida, acondicionó, con la rapidez de una liebre, una cocina con moldes, rodillos, harina y demás ingredientes.

Esperanza dijo: «Como aquí les gusta mucho el pan de muer to con los niños de plástico, repartiremos roscas de reyes. Comer es una parte esencial para curar almas, así es que hay que apurarnos».

Todo un día trabajamos en equipo. La rosca tenía un sabor exquisito.

--Nunca había probado una rosca de reyes tan deliciosa -le dije- ¿Qué le pusiste?

--Un poco de sal del mar de la Magia Atrevida. A los jóvenes milagrosos nos gusta hacer el bien; por eso, podrán volar todos hasta el cementerio conmigo.

--Pero, ¿cómo?, hijita-preguntó mi abuelita Toña-. Yo ya estoy muy vieja para esos menesteres.

--Venga, abuelita-le dijo Esperanza no tema. -¿Y qué debo hacer?

--Poner la mente en blanco, ningún pensamiento, extender los brazos horizontalmente. Atrévase.

El cementerio estaba mejorando, en verdad, aunque la piel enjuta y el color cenizo de los rostros persistían; los estómagos semejaban a los niños biafranos que

mueren de hambre. Escondida detrás de un matorral, se encontraba la Gula comiendo cadáveres.

Los enfermos nos recibieron con la amabilidad que Esperanza decía que tanto necesitábamos. Una vez que comieron, pidieron agua. Esperanza usó el alambre de Ángel para encontrar agua, y empezó a brotar de un pozo suficiente líquido que servía hasta para bañarse. Una vez que terminó, Esperanza buscó a la Gula.

--Ven con nosotros -le dijo.

--Mire, señorita, usted está muy bonita, parece virgencita del cielo. Yo no sé quién será usted, pero yo soy el hombre más importante de este pueblo. Sin mí, no pueden resolver nada. Estoy pensando, seriamente, en dejar morir a todos los enfermos, porque no sirven para nada. Yo anulo las votaciones, saboteo mítines, organizo encuentros clandestinos para ser el nuevo gobernador. Ya me dijeron que anda con el engreído de Ángel, que dizque lee la mente. A ver, tráigalo, pregúntele quien soy.

Ángel, que escuchaba cerca, sin miramientos puso su mano en la frente, cerró los ojos y dijo: <<Es Juan Gómez, el fascista que aparte de entrarle bien duro a la comida le gusta entrarle bien duro al dinero; es racista, etcétera>>

--¿Queremos llevarlo a la fábrica de zapatos? -dijo Esperanza.

--No --gritó mi pueblo enfermo--. Que se muera.

Para sorpresa de todos, Esperanza decidió llevárselo, pues dijo que en su planeta el mal se vence con dulzura y alegría, La multitud se quedó atónita, suplicante.

Ya en la fábrica, todos mirábamos a Hans Schmidt, quien tundamente se negó a ponerse el anillo y escribir sus vivencias Enojadísimo, dijo: «Todo eso que hacen aquí es pura brujería barata. A mí nadie me pone un anillo, ni me hace contar lo que he vivido. No me arrepiento de nada. Ser malo es parte de mí. ¿Para qué quieren curar mi alma? A mí no me interesa. ¿Ustedes saben lo que es el poder? ¿Saben lo que es manipular a toda esta bola de ignorantes? El cementerio está lleno de gente verdaderamente mala: homosexuales, lesbianas, prostitutas, drogadictos. Ellos son los que necesitan de sus curaciones».

Hans Schmidt hablaba dando golpes en el escritorio de con verdades. Hablaba con tal vehemencia y tan rápido que empezó a ponerse azul. Cayó al piso, como piedra, y murió. Ángel lo diagnosticó: «Los cadáveres y todos los gusanos que habla comido le causaron congestión».



En sus reflexiones, Luis pensaba que si llevaba a sus hijos con Lupita los aceptaría. Ya el doctor Contreras le había comentado de una leve mejoría, y Luis ya no dudó de que el hijo que esperaba su mujer era suyo. Las comadronas seguían murmurando tras las puertas cuando las tardes eran tediosas; tachaban a Lupita de loca y coqueta y la señalaban como la causante de que el padre Sánchez hubiera dejado el pueblo. La sana se debía, principalmente, a que la construcción del templo se había suspendido.

Luis conocía la mala reputación de su mujer y en ocasiones se soltaba un zafarrancho en el parque; por eso, prefería alejarse del nido de víboras que tenía carcomido el alma de envidia. De vez en vez, iba a casa de sus padres y, al ver a Celia y Ernesto, imaginaba un futuro prometedor para cada uno. Celia sería cantante, como su madre, y se educaría con las monjas franciscanas. Ernesto, en cambio, por ser varón, sería abogado y filósofo, pues Luis admiraba el pensamiento griego. Esperaba que fuera tan estudioso, como él, y que por las noches leyera con su misma vehemencia los libros que él devoraba. Reflexionaba, sobretodo en el rancho de su padre por las noches en el momento en que contemplaba las estrellas, que su alma por fin encontraría un consuelo lejos, en el infinito.

Por las mañanas, se dedicaba al campo y los trabajadores eran sus amigos. Sembraban sorgo, maíz y trigo. Le gustaba especialmente manejar el tractor. Llegaba a sonreír en los momentos cuando los renacuajos saltaban, como trampolín, junto a él. Usaba pesticidas para las vacas, porque las garrapatas las aniquilaban y, en ocasiones, se adherían a su cuerpo, teniendo que quitarlas con el calor de un cigarro prendido. A veces, sangraba, y su madre lo atendía

En una ocasión, quiso expresar sus sentimientos. Tomó un libro y escribió:

«Lupita:

Yo quisiera que el hijo que esperas lleve tu nombre y tu espíritu. Ahora, tengo la firmeza de remediar el daño que te he causado, porque yo te escogí por compañera, pues eres la más bella de todas las rosas.

¿Qué otra flor si no la rosa es la que el indio Juan Diego vio al pie de la imagen de sus apariciones o de su fantasía? ¿Qué otro nombre pudo escoger México, como

símbolo y emblema de nuestra emancipación e independencia, que aquél que, como el tuyo, es Guadalupe o Lupita por cariño y diminutivo?

Tus hijos y yo, tu esposo, nos prodigamos en cariño, respeto y veneración hacia ti en este 12 de diciembre, porque vemos en tu bondad y en tu imagen la misma virgen que brillara una mañana en el Tepeyac. A tus pies, las mismas rosas están frescas y exhalan el mismo perfume que esa mañana sirvieran de esperanza, consuelo y redención a una nueva raza.

Tú no eres símbolo de una patria. Eres luz, fortaleza, ejemplo y horizonte de una familia. Tú no necesitas morir para immortalizarte. Ya naciste y pronto tendrás tres hijos. Nuestros hijos. Ellos se multiplicarán, también, y quieranlo o no seguirán aumentando la semilla del bien y del amor.

Déjanos, Lupita, que en éste, tu día, nos volvamos parte de ti. Déjanos unir nuestros esfuerzos y nuestra veneración para tía tus hijos y a mí para que hoy sirvamos de marco a tu excelencia, a tu virtud, a la nobleza de tu corazón y a la ingenuidad de tu risa, como si nosotros estuviéramos ya revestidos de tus mismas gracias,

Déjame quererte y pedirte perdón, porque te he hecho sufrir. Tu alma y tu corazón están hechos para querer, y yo sé que en el fondo tú nos quieres. El manto sagrado de la virgen de Guadalupe está adornado de estrellas que iluminan un mundo y en ese manto se refugian todos los que tienen penas, todos los que son pobres o ignorantes, todos los que habiendo perdido salud o a un ser querido todavía no pierden la fe y creen en ella, y ella los salva. Nosotros te tenemos a ti, que nos has dado tanto en cambio, yo te he lastimado por no creer en mí mismo.

Por tus hijos, no quiero que tengas más sufrimientos. Quiero que goces y disfrutes todos tus éxitos y todas las sorpresas agradables que la vida te tiene deparados.

Yo te amo. ¡Quiérenos tú también!

Tu esposo, Luis».

LOS POBRES DEL MUNDO

Esperanza se disponía a cubrirse con mi cobija de plumas de ganso. Su cuarto estaba decorado con flores secas, piedras de río, mascadas de la India y muchas plantas. Le gustaba coleccionar insectos, timbres y mapas del mundo, porque era muy ubicada. Lo que más le gustaban eran las playas. Seguramente extrañaba a su madre.

--Quiero ir al cementerio --le dije-. Deseo encontrar a una persona que me recuerde fuentes fantásticas.

--Me parece muy bien. Por fin empiezas a aventurarte. ¿No importa que sea de noche? Tú sabes, el sonido del silencio, las criaturas amenazantes.

--Eso ya no importa --le dije; todo el camino cantaré para que cesen los rayos y las criaturas me respetarán cuando sepan que no les temo. Traeré un sueño revelador.

--Me gustas; eres una mujer muy valiente.

Llegué al cementerio, sin sentir miedo. Entre toda la desolación de mi pueblo, debía encontrar una bella alma, marchitada por la confusión de sentirse condenada a morir, sin que alguien la recordara. Seguramente estaría en la tumba en forma de fuente. Busqué entre las ramas, las espinas, los enfermos. El chasquido del agua me atrajo. Mi corazón palpitó, aceleradamente. Desde lejos, distinguí sus rasgos: joven, moreno, de cejas grandes y pobladas, cara ovalada, frente y mentón prominentes, con mirada llena de futuro. Tomé su rostro en mis manos. Juntos empezamos a llorar.

--Hijo mío, te he extrañado tanto. Pensé que nunca te volvería a encontrar

--Lo sé, madre. Sé que me fui de la casa y que te dejó sola con mis siete hermanos. Me fui a buscar noches pobladas de estrellas en esas noches, me preguntaba sobre la vida, la miseria humana, la injusticia, la ignorancia. Me desprendí de todos mis bienes materiales para seguir mis ideales, sufrí hambre, enfermedades; todo por conseguir la revolución socialista de los humildes, de los desheredados, de los pobres de esta tierra. Anduve muchos caminos, muchas montañas, muchos mares. Atardeceres rosados y anaranjados que prenden a las nubes cuando el sol cae. Sé que en parte lo hice porque sufrí mucho de niño y

adolescente luchando contra la figura autoritaria de mi padre. Siempre viví de cara a la muerte y me volví temerario: por eso, desarrollé esa extraña facultad de aguantar el sufrimiento y tolerar la muerte. Quisiera morir en la montaña, madre, ser recordado.

Lo tomé en mis brazos, como la primera vez.

--Ven conmigo a construir un sueño en la fábrica de zapatos de tu abuelo. En la casa, está tu bisabuela Toña, mi madre: Padre, un poeta; Teresina y tu adorado tío Ángel. Ernesto sonrió con la mirada llena de futuro.

--¿Y qué será de los pobres? ¿Qué será del mundo?

--Mientras existan hombres como tú, la vida continuará.

Se enjugó las lágrimas y dijo:

--Pero a veces ya no creo ni en mí mismo, en mi ideología.

--Yo creo en ti --le dije--. Aunque lo dudes, muchos siguen pensando como tú.

--Ven, no dudes; en este cementerio, morirás y nadie te recordará. Tú lucharás conmigo por curar almas: las de los pobres y las de los ricos también.

--Si --contestó con emoción. Arriba los pobres del mundo...

EMOCIONES

Había una luz amarilla que iluminaba la cabeza de Padre cuando entré con Ernesto. La emoción era tan profunda que despertó a Esperanza, quien llegó a la sala de la pescadora, pensativa.

--Mira a mi nieto Ernesto --le dijo Padre.

Esperanza lo miró, largamente, y en sus ojos se denotaba que también ella estaba conmovida.

Yo te conozco --dijo Esperanza--. Te vi en el lago de las penas cuando viviste en una sierra rodeada de montañas y acantilados. Viviste con los indígenas. Te gustaba mucho escribir tus memorias en libretas y les dabas clases de español. También, cantabas canciones con tu guitarra y te gustaba ponerte un paliacate en la cabeza. Un día, te picó un alacrán grande y negro. Te dio una asfixia que no te permitía respirar. El padre Pascual te curo, pero seguiste con las asfixias como si la enfermedad se te hubiera quedado en el cuerpo.

--Así es --sonrió Ernesto.

--Después, te vi en otra sierra. Ahí, te hirieron en el brazo izquierdo. También, fuiste militante de un partido socialista. ¡Qué lástima que te hayan encarcelado! ¡Qué lástima que hayas tenido que vivir con un hombre tan corrupto, como lo era el secretario de ese partido! Tu afán de lucha por ayudar será punto clave en la fábrica de zapatos.

--¿Y la revolución socialista?

--Curar almas es una especie de revolución. Tu proletariado serán los trabajadores de la fábrica. A ellos los podrás adoctrinar.

--¿Y no podré hacer una revolución armada?

--Tu arma será la sabiduría que acumulaste leyendo tantos años a Hegel, Engels y Marx. Como te conozco tan bien, como a tu madre, juntos podrán elaborar nuevos manifiestos.

--¿Y crees que logremos cambiar al mundo?

--Tú ya lo cambiaste. ¿Lo has olvidado?

--Madre, abuelo, ¿por qué tardé tanto en volver?

--Porque estabas en la sierra aprendiendo resistiendo.

La joven posó sus manos sobre la cabeza de Ernesto para curar su alma. Le regaló un uniforme de guerrillero y le dio un beso. Yo desperté a todos a gritos. Ya encontré al hijo que había perdido. Ya llegó Ernesto, mi hijo.

FIESTA

Iluminamos el salón de gozar la vida con luces multicolores. Pusimos serpentinas, hojas de rosas del jardín de mi madre. Decoramos las sillas con moños de seda. Pusimos paraguas de flores. Mi madre había ideado los disfraces. Mis tres hijos músicos cantarían sus canciones caribeñas. La casa tenía la puerta abierta de par en par. Cualquiera podría entrar y salir. El primero en llegar fue mi leal amigo homosexual Jorge, acompañado de Wilfredo; venían, desde Alemania, disfrazados de mujeres, y estaban dispuestos a llorar de risa y amanecer con los ojos bizcos. Mi abuela Toña se puso un disfraz inspirado en una palapa que semejaba una falda de palma. Mi amiga Carola llegó, de Hannover, disfrazada de mosquetero; con ella, venía su nuevo amor disfrazado de pirata. Mi amiga Mercedes, de

Argentina, vino disfrazada de gitana y la acompañaba su esposo chileno disfrazado de gaucho argentino. Mi hija menor llegó del brazo del gobernador de un lugar secreto; los dos disfrazados, de incógnito. Celia, mi hija mayor, llegó con su hijo Tito; ambos decidieron disfrazarse de africanos. Lucero y Lupita se disfrazaron de señoritas talco. Mi madre se disfrazó de Carlota de Habsburgo. Mi padre, de republicano. Mi primera pasión, de rabino. Ángel, de mago, Teresina, de Miss Universo.

Se colocaron mesas rectangulares con platillos de todo el orbe. A petición de mi hija Elena, escuchamos a Joan Manuel Serrat antes de que ellos cantaran Carlos quiso oír a los Beatles y Enrique, a Silvio Rodríguez. Mi madre estrenó su obra *La intuición*, representada por mis nietas. Se bailó tango, salsa, *rock and roll*. Se cantaron nuevas creaciones de Esperanza Ernesto recitó poemas de Martí.

Retrocedí, lentamente, al verlos felices juntos. Tomé una foto para archivarla en la memoria y mirarla muchas veces. La guardaré, como se guarda la vida en una licorera, donde baila mi alegría con guirnaldas en el pelo. Recordé la felicidad de un amanecer tibio, cuando el crepúsculo se tornaba un poco rosáceo, un poco violeta, un poco lila, un poco yo misma. Yo me disfrace de vida.

Casi me retiraba a dormir cuando me pidieron que cantara un aria de Carmen. Al terminar, Esperanza me aplaudió con lágrimas.

Cantas como en mi planeta. Hermoso, hermoso. Yo lloré, también; después de todo, es de familia.

VIRTUOSISMO

Mi hijo Ernesto y mi primera pasión filosofaban bajo un limonero frente a la piscina. El sol era pálido y tímido e iluminaba sus siluetas.

--Lo único que no tiene contrario es Dios --dijo mi primera pasión--.

--Si tiene un contrario: el diablo. Nada es absoluto. Todo es relativo --señaló Ernesto.

--¿Y tú qué opinas del progreso? --pregunto mi primera pasión.

--Que es lo más importante y se rige por una racionalidad que desemboca en estados superiores en cada etapa histórica.

--¿Y tiene sentido la historia del hombre?

--Sí, porque el espíritu humano es el hacedor de la historia.

--¿Y qué es primero, el ser o la conciencia?

--Ambos se excluyen, conjuntamente; ninguno es prioritario. Ser y conciencia son parte de la misma unidad contradictoria

--¿Y por qué no hemos alcanzado al hombre perfecto?

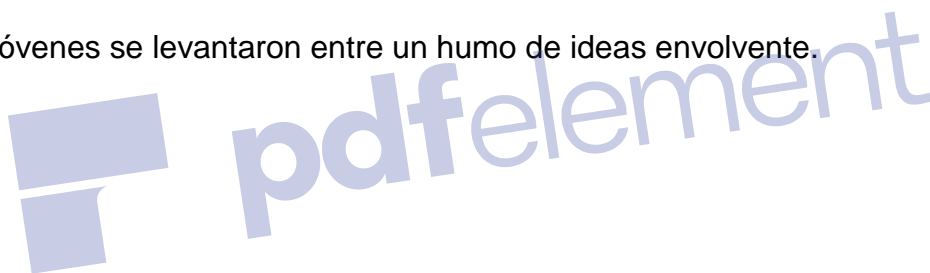
--Porque el bien está limitado por el mal; la luz, por la sombra; la vida, por la muerte; la riqueza, por la pobreza; la salud, por la enfermedad, la sabiduría, por la ignorancia.

--¿Y tú crees que estamos al borde de la destrucción?

--Nosotros fuimos una generación llamada a la victoria y aun así fracasamos, pero no debemos ser debemos pensar en la unidad de los contrarios. Sólo la virtud hará que la vida se preserve más allá del fin del fin del universo.

--La comida está servida –Gritó Herminia.

Ambos jóvenes se levantaron entre un humo de ideas envolvente.



Luis estaba en el tractor con la ilusión de reunirse con su mujer por la tarde. Pensaba que las rencillas entre ellos quedaban atrás y que delante de ellos sólo había futuro. A lo lejos, vio una camioneta pick-up acercarse con tal velocidad que levantaba una gran polvareda. Un hombre encapuchado se acercó. Sus ojos mostraban grandes ojeras. La piel del otrora gordo hombre colgaba del mentón. Con gran rapidez, le dijo:

--Tus hijos son hijos del pecado.

Al terminar, dio la vuelta y Luis sacó su pistola queriendo matarlo, pero la vista se le nublo y el ex cura Sánchez desapareció en una nube de tierra. Los trabajadores se acercaron y quisieron averiguar lo que acababa de acontecer. La sospecha anidaba, nuevamente, en el corazón de Luis. Corrió a su recámara para llamar por teléfono a Herminia y preguntarle qué estaba haciendo su mujer y si había salido. En su mente, veía escenas de Lupita con otros hombres, como solía ver a las mujeres en el prostíbulo, y una cólera irrefrenable se apoderó de él.

Una vez más, tomó hasta embotar los sentidos y en la noche por la carretera, antes de llegar a casa de Lupita, creyó ver a los perros demonios que le ladraban y le repetían que su mujer era una perdida. Una soledad de náufrago se apoderó de él y tuvo que dominarse para no virar hacia el acantilado y volcarse.

Cuando llegó con Lupita, la tomó fuerte del brazo y le dijo.

--¿Quiénes fueron los otros? Eres una cualquiera. Después, salió azotando las puertas, y quiso averiguar con sus amigos, parientes y padres el paradero de Sánchez, pero nadie quiso decírselo, porque notaban un odio inyectado en sus ojos.

Se fue a su cuarto y quiso destrozar al mundo, borrar las estrellas que tanto admiraba, y cayó, por fin, de bruces al suelo. Su hermano Alejandro lo fue a buscar y la familia entera se calmó, porque ya dormía tranquilo.

EL NIDO

Vino el hombre ola a visitarme. Yo tomé en mis manos un nido con tres huevos; los cascarones estaban picoteados. A lo lejos, flotaban unas alas de ángel. Se veía un sendero con una araña en la tierra. Lo demás, árido, seco, nada.

A mi tercera hija, le puso mi nombre. He tenido tres hijos en las sombras, en las sombras de este cuarto. Los colores de los objetos han cambiado. ¿Quién me entenderá? ¿Quién comprenderá que lo blanco puede ser oscuro, y lo azul, ríos de sangre? ¿Quizá algún vidente? ¿Alguien que sufra, como yo?

Cuando el hombre ola me toca, no siento mi cuerpo, floto en el aire. Padre está aquí conmigo, me canta «princesita, princesita de ojos azules y labios de grana». Pobre Padre, soy la flor que cultivaste con tanto ahínco, con tanto esmero, hasta que vino la ola y me atrapó en esta tarde negra, eterna. Pobre Padre, bien sé que has tenido varios infartos y que luchas por mi vida. Tal vez por la tuya también. No te preocupes tanto por mí. Dentro de mí ser, hay algo que quiere seguir luchando. El anillo, el anillo ¿Dónde está el anillo? Tengo que escribir mis pensamientos.

El mar amenaza, nuevamente.
Mis hijos no me pertenecen.
Soy una perdida, una mujer de
la calle. ¿Quién me puede salvar?

El doctor Contreras leyó la misiva y comprendió que una vez más había vuelto Luis a instigarla con sus celos. Estuvo largo rato con Lupita y le enseñó fotos de su esposo, de cuando eran retratados en las fiestas. Lupita sólo señaló su figura y dijo: «ésa no soy yo».

HERMINIA

Ayer, vino el señor Luis a ver a su tercera hija. Yo ni entiendo nada de los matrimonios que no se quieren; ¡ah!, eso sí, mi niña a ten y ten hijos. Me alegro de no haberme casado. La verdad si me gustaba un muchacho y olía bonito, pero yo qué me voy a meter en camisa de 11 varas. Capaz que me pegan, como a Jesusita, la señora de aquí a la vuelta. Su esposo le da tan fuerte que hasta acá se oyen los gritos. A ver si no lo mandan a la cárcel uno de estos días.

Mi patrón se mete a la cocina, porque dice que mi niña está mejor y le prepara esas comidas españolas que tanto le gustan. En cuanto veo a mi patrón, me cuido muy bien de que no me agarre robando, porque ya la señora encerró todas las puertas y se pone las llaves en el seno; lo que no saben es que yo voy al mercado y pues de ahí me cobro los centavitos más que me corresponden. Ni que fuera poca cosa hacer comida para la enfermera que me cae tan gorda, porque siempre me manda; me choca que me ordene; porque para mandar sólo mis patrones.

Mi amiga la leprosa vino y me contó que reconoció al padre Sánchez nada más por los puritos ojos, pues andaba vagando por el centro, caminando, como un espíritu. Dice que ya se puso flaco, flaco, y que mira igual que mi sobrina a la que envenenaron.

Unos padres dizque muy importantes de la capital lo andan buscando, porque cometió quién sabe qué pecados contra la iglesia. Sería bueno que lo quemaran cerca del quiosco para que así den ejemplo a este pueblo. No más perversiones o como se diga eso, menos mujeriegos y más trabajo, porque la gente que se la pasa de ociosa nada más inventa puro chisme.

En cuanto a mi niña, ya estaba muy mejorada, pero quién sabe qué le diría su esposo ayer que no se le puede ni hablar. Yo no la entiendo: primero, se alegra; luego, se vuelve a entristecer. Le voy a rezar a San Antonio para que cure a mi niña y si es necesario lo pondré al revés; lo haré y mataremos una gallina para hacer un molito con tortillas, frijoles y harta salsa verde.

VAMPIROS DEL DESPRECIO

Estoy sola en el cuarto de los recuerdos. A veces, es necesario estar solo para poner las ideas en orden. Es curioso, sigo teniendo una voz que asombra a la gente y nunca aprendí a leer notas. Todo lo aprendía con los sentidos. Tienes un oído absoluto, dice mi hijo Carlos, el compositor.

Cuando era chiquitito, como un enanito, sacaba las ollas de los muebles de cocina, agarraba los cucharones, las espátulas y comenzaba con su música. Balanceaba su cuerpo hacia delante y hacia atrás. Así, fue creciendo. Tomaba un instrumento, lo dominaba y se olvidaba de él para descubrir otro. Carlos dice que uno se enamora del piano, la guitarra, la flauta, como si fueran amigos leales. De niño, era tan hermoso que la gente me paraba cuando lo paseaba en su carreola. Decían que parecía un príncipe.

Cuando uno envejece, los hijos nos reducan. Así, así es, Carlos me dice ahora cuándo debo empezar, y me corrige si me equivoco. Hacemos varias grabaciones hasta que la canción es perfecta ¡Y dale con la perfección! ¿Por qué me persigue la perfección? No sería más fácil improvisar, cantar produciendo sonidos extraños, como aoi aoi, uei, uei. No, siempre volvemos con María Greever; esa mujer debe haber perdido algún amor, porque sus canciones son un lamento eterno. Excepto, tipi tipi tin tipi tin.

Carlos dirige un coro en una escuela muy conocida. No es famoso, pero es feliz. ¿Por qué siempre quise ser famosa? ¿Qué es la fama, finalmente? Un cometa fugaz que desaparece, como nosotros, en el firmamento. Si, eso somos una luz que brilla para perecer en un féretro de muerte. Somos bailarines con penachos de plumas de quetzal que se agotan de tanto baile y terminan durmiendo en las calles, como indigentes. Abrimos las manos, pedimos limosna, y la gente pasa, nos ignora. Cargamos hijos en nuestras espaldas. Pasa un coche y nos arrolla. Comemos tortillas con salsa verde para no morir de hambre. Pasa un perro muerto de hambre y le damos tortillas, porque amamos a los perros callejeros; los amamos, porque son nuestro reflejo: larguiruchos, secos, consumidos. Defecamos en la calle y la gente dice que somos animales. ¿Y las personas? ¿Qué son ellas? Yo las llamo vampiros del desprecio.

EL CASTILLO MEDIEVAL

Esperanza vino a buscarme al cuarto de los recuerdos. Dice que no es bueno estar sola tanto tiempo. La soledad es mi compañera más fiel, le dije. Como es joven e impulsiva, quiere acondicionar la otra fábrica que queda enfrente. Yo le dije que ahí había pasado una desgracia cuando mi cuarta hija tenía unos seis años.

--¿Qué desgracia? --preguntó, curiosa.

--En esa fábrica, se ahogó mi sobrino Arturo, hijo de mi hermana Alicia.

--Nunca me habías dicho que tenías una hermana.

--No sólo tenía una, tenía dos: Alicia y Magdalena. Ven, Esperanza, vamos a tomar un poco de vino tinto y te cuento lo que pasó con Arturito. Arturito y su primo Armando se fueron a jugar a la fábrica de enfrente. Mi papá no la estaba trabajando, porque tenía suficiente trabajo con la otra. Los dos niños entraron, despreocupadamente, a la fábrica. Armando, el rubio, iba adelante. Arturito lo seguía y cayó dentro de un pozo que estaba mal tapado. Armando lo buscó por todas partes hasta que se convenció de que se había vuelto un fantasma. Le grito: «Arturito, Arturito, ya no juegues a las escondidas>>», Inocentemente, fue a decirle a mi hermana que Arturito se había convertido en fantasma y que había desaparecido en la fábrica de enfrente. Alicia corrió con su esposo a buscar a su hijo. Vieron la tapa del pozo mal colocada y supieron que adentro estaba su hijo. Mi cuñado se metió para rescatarlo. El pozo estaba muy profundo, y no lograba sacarlo. Mi hermana llamó a los bomberos. Tardaron una hora en sacar su cuerpecito frío, inerte.

Esperanza respiró, profundamente, como la primera vez que la conocí. La muerte de un hijo es un presente, porque del dolor aprendemos. Pondremos una cruz donde murió Arturito.

En una tarde, Esperanza convirtió la segunda fábrica en un castillo. Tapizó las paredes con gobelinos franceses. Colgó candelabros de bronce. A las camas, les lijó cabeceras crisálidas. Colocó sillones semirredondos tapizados con terciopelo rojo. A las ventanas, les puso vitrales góticos con figuras de ángeles azules. Adaptó una cocina medieval. Colocó plantas acuáticas en mesas cuadradas. Por último, decoro una cruz con amapolas de diferentes tonalidades. Por fin, Arturito se alegraría de su nuevo hogar.

LA RESURRECCIÓN

Un estruendo me despertó; por fin, los rayos habían perdido su silencio. Una tormenta se desató. La muchedumbre en el cementerio empezó a llorar de alegría. La lluvia, si, en la lluvia, había conocido a un intelectual atormentado. Me puse rápido los pantalones y un suéter, me pinte los labios y salí a buscar a mi amigo Pablo. Esperanza me acompañó. Tendríamos que buscar en los libros de registro el número de su tumba. Había muerto cuando nació mi nieto Víctor, hace 18 años. Era moreno, de ojos oscuros, cabizbajo, constantemente entablando monólogos interiores. ¿Recordaría nuestros paseos en bicicleta por el parque? ¿Nuestras atormentadas pláticas de cafés?

Esperanza notó mi anhelo por revivir a Pablo, y me advirtió:

--Revivir a un muerto es algo que nunca he hecho.

--Esperanza --le dije— tú me has regresado la fe, la alegría de vivir. ¿Cómo no vas a regresarme a Pablo?

--Si de veras lo deseas, será más fácil dijo Esperanza

En el cementerio, los enfermos ya no estaban tan desolados. Un jardinero había plantado semillas, y ya tenían árboles de pera, manzana y durazno. Las mejillas estaban menos cenizas, los hongos estaban disminuyendo. Nos saludaron nueva mente, con mucha amabilidad, pues sabían que nuestro afán era curarlos y que regresaran a sus casas. El encargado de los registros de los muertos nos dijo, después de mucho buscar y refunfuñar, que Pablo estaba enterrado en la tumba en forma de luna. Esperanza y yo teníamos las mismas expectativas de lograr nuestro propósito. La tumba estaba muy sucia y descuidada. Esperanza empezó a hacer cálculos con sus manos hasta que una aureola color violeta apareció. La tierra comenzó a temblar y una gran grieta abrió la tumba de Pablo. Quitamos la tierra con nuestras manos hasta encontrar una mano. Yo la jale con una fuerza que parecía guiarla algo divino. Poco a poco, Pablo salió de la tumba.

--Pablo, amigo del alma --le dije.

--¿Dónde estoy? --preguntó.

--Estás en tu resurrección --dijo Esperanza

-Bueno, si esto es una resurrección, hay que celebrarlo con un poco de tequila o brandy.

--No seas impaciente, Pablo; cuando lleguemos a la fábrica de zapatos, te serviremos champaña.

--Eso suena mejor --dijo, quitándose la tierra del cuerpo.

--¿Y qué haces ahora en una fábrica de zapatos?

--Curamos almas.

--Oye, pues cúrame la mía, porque no creas que es fácil volver a la vida después del suicidio.

--No te preocupes- le dijo Esperanza--, el deseo de Lupita por resucitarte te ha curado el alma.

Caminamos hacia la fábrica, con una risa de niños traviesos que se meten a la despensa de su madre a buscar un ratón de vacaciones. Querido Pablo.

Pablo y yo nos instalamos en el castillo medieval junto a la cocina. Se agarraba la barba y miraba mis movimientos, mientras destapaba la botella de champaña.

--Sigues siendo igual de bella --me dijo.

--Eso no es cierto, ya tengo nietos, nietas. ¿Quieres que te traiga una toalla para que te seques?

--No --dijo yo ya no me vuelvo a morir. Ahora sí que fue un error

--Dime, Pablo, ¿qué hay en el más allá? ¿Existe el paraíso, el infierno?

--Para mí, no hubo ni lo uno ni lo otro; sólo la nada. Me arrepentí de muchas cosas; de no haber hablado con mi esposa de manera racional para que me explicara porque tenía otro hombre.

--Tú no quisiste volver con ella cuando te encontraron semimuerto cerca de las vías del tren. Preferiste irte con tu madre. Pablo, nunca maduraste, nunca creciste. Seguiste siendo el hijo de mamá que se deja consentir por la poliomielitis que sufriste de niño y por las depresiones que te postraban meses en la cama. ¿Dónde quedaron tus novelas, tus cuentos? ¿Por qué no me buscaste antes de aventarte al tren?

--Me diagnosticaron esquizofrenia y paranoia. No podía ser un buen padre para mi hijo.

--Pablo, querido Pablo, te ofrezco trabajo en la fábrica de zapatos.

--¿Y qué voy a hacer?

--Escribir tu vida. Tenemos una computadora muy moderna, en donde puedes hablar, ver a tu hijo, imaginarlo. Ya tiene 18 años.

--¿Y quién es la joven que me resucitó?

--Es una joven milagrosa que me mandó Dios.

--Acepto el trabajo --dijo Pablo. ¿Hay por aquí libros? Yo no sé vivir sin libros.

--Ven --le dije. Lo lleve a la biblioteca de Padre-- Aquí, están todos los libros que quieras leer o consultar.

--Es una colección muy completa --me dijo--. Aquí, hay libros en alemán, en inglés, en francés.

--Sí, nos gustan otras lenguas.

--Yo puedo traducir estos libros --me dijo.

--Yo lo sé, querido Pablo.

LOS SECRETOS

Mi abuela Toña estaba un poco extrañada de ver gente desconocida en la casa. Le serví un té de tila, como acostumbraba. Ella se sacó la dentadura postiza y pregunto:

--¿Quiénes son esos jóvenes barbudos?

--Son mi hijo y dos amigos.

--¿Y te parece bien tener amigos hombres? Eso no se estilaba en mis tiempos. Si tu abuelo Joaquín viviera, ya los habría corrido a balazos.

--Pero ya no vive, abuelita.

--¿Y quiénes son?

--Son intelectuales, igual que mi hijo Ernesto. Reflexionan, piensan, critican.

--¿Y sobre qué reflexionan? Sobre la vida, la existencia.

--¿Y por qué se complican la vida? Yo nunca me pregunté esas cosas

--Porque tú, abuelita, tejías tu vida con el estambre de las costumbres.

--¿Y cuáles eran mis costumbres?

--Mira, abuelita, no sé cómo te entendías en la cama con mi abuelo, pero ése es un buen cuestionamiento de la vida.

--Tú me quieres sacar mis secretos.

--No, abuelita Toña, sólo te explico lo que hacen mis amigos. Por ejemplo, ¿qué es para ti el amor?

--Ya dije una vez: cuando nací, ya me habían enterrado.

--¿Quieres decir con eso que no amaste a mi abuelo?

--Pues ya que te estás metiendo en eso de la vida, te lo confesaré y que Dios y mi hermano el obispo me perdonen desde el cielo. Yo amé a un peón de la hacienda. Vieras, hija, era un mulato de ojos verdes que me acompañaba cuando galopaba en la hacienda.

--¿Y de qué hablaban?

--Pues de qué iba yo a hablar que no fuera cosa de los animales, los pastizales, la cosecha y, claro está, de la revolución y de mis hijos.

--¿Y qué le pasó a ese peón?

--Lo mataron los villistas frente a mí, porque me defendió. Entonces, tu locura fue por ese mulato y no por mi abuelo; por eso, lanzabas el chal para atrapar ese amor imposible.

--Así es, hijita, los únicos amores que perduran son los amores imposibles; los demás son costumbre, convivencia y nada más.

--¿Y tus hijos se enteraron?

--No, con los hijos el deber era educarlos, cristianamente, soportar calores que luego quemaron mis mejillas.

--Pero yo sólo te recuerdo piadosa y cuidando a tus hijos.

--Así es, hija; tú lo dijiste. Yo me refugié en la iglesia y no sé hasta qué grado se endureció mi corazón.

--No, abuelita Toña, tú tienes un corazón blando, como una almohada, y nunca le hiciste daño a nadie.

--Me ves a través de corazón, hija mía; todos los seres humanos tenemos nuestros secretos.

--¿Y tú quieres al barbudo y al poeta que andan por aquí?

--Sí, abuela, yo tuve muchos amores imposibles.

--¡Qué afortunada eres! --dijo mi abuela Toña.

--¿Y mi mamá tuvo algún amor imposible?

--¡Que sí lo tuvo! Tu abuelo la mando un año a Lagos para que se olvidara de un novio que tuvo que no le gustaba a mi esposo, porque era muy mujeriego.

--Qué ironía, abuelita; Padre resultó ser, también, un mujeriego.

--Pero tu papá siempre me socorrió cuando quedé en la miseria. Él me mantenía a mí y a Teresa.

--¿Entonces, sí quieres a Padre, aunque sea un renegado de la iglesia?

--Sí lo quiero. La bondad de tu padre conquistó este corazón de viajera que vive del pasado y el recuerdo.



Luis tomó su pistola y la puso en su sien; se sentía mal, impotente. Amaba demasiado a su mujer y de manera Inconsciente la herida. Esta paradoja lo paraliza para eternizar el tormento de no sentirla suya y pensar que jamás lo había amado. Su consternado corazón y los reproches que se hacía pululaban en su mente, tratando de detener sus impulsos, esa inercia destructiva de tomar durante la noche cuando sus dudas semejaban una hendidura en el pensamiento.

Su familia estaba sumamente consternada por él, pero confiaba en que el alba se abriría para darle un poco de consuelo.

Ya el pueblo entero murmuraba el paradero de Sánchez, los Ponce no pudieron detenerlo un día aciago cuando salió de su hacienda, llevándose un hacha y la caja de herramientas. Se fue a esconder a un cerro cercano, bordeando el río Sánchez buscó alguna cueva para refugiarse y expiar sus pecados. Estaba convencido de que era San Francisco de Asís, y esperaba recibir las llagas de la misma manera que el santo. Sentía la necesidad de talar un árbol para construir una cruz, y arrastrarla hasta la montaña más alta para que lo vieran desde ahí, y así poder entrar a las puertas del paraíso. Comía pasto, flores, bichos; en ocasiones, vampiros y ratas. Defecaba y orinaba al aire libre, y su aislamiento lo llevó a pensar que él era el nuevo Mesías que salvaría al mundo del pecado.

Desde las alturas, sus sermones ya no eran tan elocuentes. Un pensamiento deformado por quien ha tenido tanto poder daba cabida a una retórica que no convencía y los animales se alejaban de él.

El doctor Contreras ya no había tenido oportunidad de ver a Luis para hablar con él. Sabía, muy bien, que el pueblo había distorsionado mucho la imagen de su esposa, tal vez demasiado. No concebía que Luis creyera más las palabras tergiversadas de las viejas chismosas. El recordaba a su paciente locamente enamorada del canto, y su fin era llegar a ser una exitosa mujer en el extranjero. En su memoria, la veía cantando arias de Turandot en reuniones de su familia. Sabía que había tenido muchos pretendientes, sobre todo en la vida escolástica y en su adolescencia. Sin embargo, los celos eran una enfermedad enraizada en la sospecha y la inseguridad y Luis debía tener más confianza en sí mismo, pues sus conclusiones lo llevaban a pensar que era sumamente inseguro.

25

La lluvia continuaba. La gente en el cementerio temía que sus casas se inundaran y se echaran a perder sus muebles. Esperanza, con la ayuda de los hombres de la casa construyó un gran dique para todo el pueblo, el cual impedía el paso del agua. Estábamos bien resguardados.

Ernesto, Ángel y Esperanza habían logrado salvar más almas para fabricar zapatos, entre ellas, me encontré a Cristina Ramsen. Ella vivía en el pueblo de las callejoneadas, las romerías y las estudiantinas. Cuando la visitaba, nos gustaba descubrir al hombre más guapo. Su papá era inglés. Las minas le dejaban tanto dinero que dejaba los lingotes de oro sobre la mesa del antecomedor

Una noche, fuimos a bailar. Su mamá, quien se llamaba Mariquita, sacó su enorme colección de joyas. Lo que más me gustó fue una mariposa de rubíes con brillantes. Quería ponerla en mi seno de amores para conquistar al hombre de cabellos rubios, ojos azules y labios gruesos que hablaba en inglés y me decía *my lady*.

Padre, cosa rara, me daba permiso para ir a casa de Cristina. Lo que él no sabía era que yo platicaba en secreto con Robert.

Robert era propietario de un castillo cerca del río Támesis. Él prefería habitar en Rosarito de las Callejoneadas, porque se vivía con más intensidad y aventura. Sus aventuras eran las apuestas en los clubes. Aunque él no era como mi hermano Ángel, pues le gustaba jugar bridge, y lo hacía con tal destreza que lograba jugadas impresionantes. Con el dinero que fue ganando, más la fortuna que tenía por ser dueño de una fábrica de ferro carriles, compró la mina de Santa Teresa.

Una tarde, estábamos sentados Cristina, Robert y yo en el balcón de su hacienda, dándole de comer cacahuates a un chango astuto y tragón. Como buen inglés, en punto de las cinco de la tarde, nos invitó a tomar té. El chango se enfureció, porque no le dimos cacahuates y con su cola me atrapó del cuello y comenzó a ahorcarme. Vi cómo los caballos se desbocaban, y corrían abalanzándose en mi contra. Trotaban con los tobillos ensangrentados, del hocico despedían humo y su pelo eran flamas asfixiantes. Robert lo mató sin vacilar. A mí, me tuvieron que dar coñac para que se me pasara el susto.

Robert me escribió una carta antes de partir a la guerra. Una noche, en mi cama, me senté a meditar. Perfectamente vi como mi alma se desprendía del cuerpo para ir a buscar a Robert entre las balas y las ruinas de una iglesia gótica. Lo encontré herido en el pecho. Respiraba con dificultad. Sólo tenía mis brazos para detenerlo. Robert me dijo: «*My lady*, las guerras son soles enfermos, cuyos rayos

matan a la gente». Lo besé, apasionadamente. El hombre de cabellos rubios murió con un beso en mis brazos. Qué ironía! Traía las botas que Padre le había fabricado.

«My lady:

Quiero decirte que amo a tu país, pero más te amo a ti. Amo tu pelo rubio, tus ojos verdes, tus labios carnosos, como la sábila que crece en el balcón, donde te salvé la vida. Tu padre aceptó que primero seamos amigos para conocernos. Yo creo conocerte. Me gusta tu rebeldía, más que tu alegría y tu canto. Sé que a mi lado serás feliz, pues una mujer tan apasionada como tú sólo podrá ser feliz con un inglés como yo. Lentos, cabalgaremos estos verdes campos y tendremos muchos hijos. Pronto partiré a la guerra, es cuestión de honor y respeto a mi patria. Me llevo la sonrisa de tus labios y tu rebeldía como un talismán en el pecho. Cuando regrese, pediré tu mano.

With love,
Robert».



HERMINIA

¡Ay!, Dios mío. Yo que ya le había llevado las azucenas a nuestra Señora de Lourdes y que oigo al marido de mi niña gritándole:

--No te golpeo, porque eres una puta y me ensucio las manos. ¿Por qué guardas esta carta? Robert te importó más que yo, ¿verdad?

Mi niña le decía:

--Vete, déjame a mis hijos y vete ya.

--No te vas a salir con la tuya. Todos se van a enterar de quién eres.

Mi niña agarró un vaso que estaba en su tocador, lo rompió y se empezó a herir los brazos con los cristales. Su papá oyó los gritos y el señor Ángel también. Entre los dos agarraron al marido de mi niña hasta que se calmó. Luis buscó a los tres niños que estaban jugando en la huerta, y se fueron. Mi niña se empezó a desesperar mucho y su papá le dio unas pastillas para que se tranquilizara. Mi patrona se agarró los cabellos y dijo: «Ese hombre está matando a mi hija». Como a la media hora, vino el doctor a inyectarla y dijo que tenía que hablar con el marido de mi niña. Mi niña decía quedito: «Denme el puñal de Liu, denme el puñal de Liu». El doctor que la inyecta se quedó platicando con ella hasta que se durmió. Antes de irme a mi casa, subí a su cuarto a verla. El doctor le curó las heridas en los brazos y la verdad es que toda esta casa era pura tristeza. Mi amiga la leprosa me preparó un atole y, como estaba tan preocupada por mi niña, ni quise comer nada.

Y pensar que estaba tan ilusionada cuando se iba a casar. Aquí, en el pueblo, todos decían que era el mejor partido, que porque había estudiado en el extranjero y en la capital. Aparte de eso, decían que era muy guapo y distinguido. Mi niña estaba tan enamorada que se la pasaba arreglando su vestido de boda junto con su mamá. Le bordó perlas a todo el vestido, le arregló una cola larga y en el escote le puso unas flores azules, porque decía que el azul era el color de Sagitario, y como ella nació el 12 de diciembre, como la Virgen de Guadalupe...

Todos sus parientes son gente de dinero; se pusieron bien elegantes. Su tío, el obispo, la casó. Creo que nunca se había servido un banquete tan succulento en este pueblo. Trajeron músicos de la capital, mariachis y, por la noche, encendieron fuegos pirotécnicos. Pobre de mi niña, pobrecita.



El doctor Contreras se sentó en un sofá verde de la sala. Luis estaba muy nervioso; fumaba un cigarro tras otro. Herminia les sirvió unos vasos con agua de jamaica. Luis se pegó con ambas manos en las piernas. La mirada reprobatoria del doctor Contreras hacia que Luis se sintiera más culpable. Por fin, se levantó el doctor Contreras y le dijo, directamente, a Luis:

--¿Por qué? ¿Qué pasó ahora?

--Encontré una carta de un tal Robert

--No te justifiques. Tú sabías que apenas había tenido una ligera mejoría. ¿Por qué le hablas con tanta rudeza?

--No me malinterprete. Yo amo a mi esposa, a mis hijos.

--Eso me lo has dicho en varias ocasiones, Luis, pero tus acciones demuestran lo contrario. ¿Te das cuenta del mal que has hecho desde que te casaste con ella?

--¿Por qué hablaban mal de ella?

--Reincides en tus celos, en tu desconfianza --dijo el doctor--. ¿Acaso tú no tuviste otras novias?

--Así es --admitió, por fin, Luis.

--¿Quieres que tu esposa mejore o la interno en una clínica y ya no podrás verla?

--No, doctor, no la interne. Se lo pido por sus hijos.

--Entonces, cambia de actitud, trátala con dulzura. Pídele perdón y no la expongas.

--Pero es que no puedo olvidar lo que dijeron de ella en el pueblo.

--¿Con quién estás casado con el pueblo o con tu mujer?

--Eran mentiras, ella nunca se metió con el novio.

--Pero el cura Sánchez me dijo...

--¡A mí no me vuelvas a repetir lo que el cura Sánchez dijo! -gritó el doctor.

--Luis se intimidó cuando le alzó la voz el doctor Contreras recordó las noches insomnes cuando sin sentido trataba de controlar ese sentimiento de perder el

control, de lastimar a su mujer, mientras más la quería. Trataba de olvidar que otros hombres la deseaban y él no quería compartirla.

Luis fue a ver a su esposa Lupita, quien dormía, profundamente.

--Perdóname, Lupita, te prometo que voy a cambiar. Sollozó, fuertemente, junto a ella, y sintió que se perdía en una inmensa tortura que amenazaba con asfixiarlo. Cuando Lupita despertó, estaba sedada; no obstante, busco papel y pluma y escribió:

Quiero ser un ave atrevida que se aleje de la ola: elevarme, rápidamente, hasta encontrar una isla deshabitada, donde sólo existamos una palmera y yo. Ya no quiero encontrar al hombre sabio prehispánico que quema incienso en una pirámide lejana rodeada de selva y tierra blanca.

¿Y si buscara al brujo que con su puñal de obsidiana arranca el corazón? Quiero ser la joven maya a quien preparan para que se arroje en el cenote sagrado.

Buscaré al hombre lacandón para que me enseñe a caminar descalza en la selva, y me interne en el verde que esconde balsas de lagunas.

Madre mía, ¿por qué luchan por mí?

Esperanza estaba en el salón de gozar la vida. Había colocado luces doradas e invitado a los hombres de la casa para que la vieras bailar. En mi ropero, había encontrado un vestido verde transparente. Padre estaba sentado en primera fila, pues siempre le gustó mucho el baile. Ernesto, Ángel, Pablo y mi primera pasión estaban recargados en la pared.

Esperanza tronó sus dedos y la música se escuchó en todo el salón. Como una bailarina orgullosa, juntó sus pies desnudos, levantó el cuello, separó las manos y, al dar el primer giro extendiendo sus brazos, brotaron violetas, como la cascada de hilos de oro de su planeta.

Un giro seguía a otro; un salto, a otro salto. Levantaba los brazos en forma de corazón y se agachaba formando una cruz de violetas.

Padre fue el primero en levantarse. Le tomó la mano izquierda y se llevó una flor al labio. Ángel, Ernesto, Pablo y mi primera pasión decidieron formar un círculo agarrándose de los hombros. Se fueron turnando y cada uno tuvo la oportunidad de bailar con Esperanza. Estaban tan felices bailando, que se formó un tornado que salió por el techo, se extendió por todo el pueblo y, al llegar al cementerio, cayeron todas las flores.

Mi pueblo se alegró de tal manera que empezaron a bailar pobres y ricos, amigos y enemigos.

Esperanza había logrado que mi pueblo enfermo se uniera en su dolor y que la belleza de este tornado despertara en ellos renovados sueños.

Ernesto fumaba un puro de La Habana, mientras Padre leía el periódico en la sala de La Pescadora Pensativa.

--¿Qué dice el periódico? -- preguntó Ernesto.

--Lo que ha dicho desde hace más de un siglo, hijo, guerras, catástrofes, crímenes, bodas.

--¿No dice nada del partido donde yo militaba?

--A ver, déjame poner los lentes otra vez.

--No, hijo, de ese partido ya no se sabe nada.

--Mi partido era el templo de mi ideología.

--Lo sé --contestó Padre—; pero utilizar a los jóvenes, como tú, para obtener poder... Abusan, hijo, abusan.

--Creo que ahora lo comprendo ---dijo Ernesto— Uno se cansa de leer y pensar para que llegue otro.

--Mira, hijo --le dijo mi padre-- aquí, en el pueblo, tuvimos un gobernador muy movido y astuto. Los jóvenes idealistas, como tú, le daban ideas de cómo hablar con el pueblo. Ya conoces los discursos, la retórica de los políticos. Todo lo van a componer, todo cambiará con ellos, se abrirán grandes alamedas, llevarán lugar y agua a los pobres. ¿Sabes qué pasó con él, hijo? Se fue enriqueciendo, robando y acumulando dinero, como esos roedores carnívoros que construyen sus nidos en los árboles. Cuando terminó su gobierno, ya tenía su avión propio, casas en la capital y en el extranjero. Ni vale la pena hablar de ellos. Tú no te mortifiques, hijo, yo te enseñaré a ser un hombre de negocios. De la capital, viene un hombre honesto y muy bueno para las inversiones. Ya tengo tratos con él para vender los nuevos zapatos que estamos produciendo. En esta vida, hay que ser idealistas, pero también prácticos. Hay que aprovechar las coyunturas. ¿No te gustaría ser industrial, como yo? Entonces, deja ponerme en contacto con el señor Salim para que invierta en la fábrica; él es un magnífico hombre de negocios, con una visión futurista para los negocios rentables. Le haré llegar una misiva para que venga y le haremos un proyecto atractivo.

La lluvia nos forzó a construir góndolas para podemos transportar al cementerio. El dique que habían colocado los hombres tenía una puerta, y la llave mágica la guardaba Esperanza en una cajita de madera con cristal austriaco.

EL LIENZO

El cementerio estaba lleno de flores, y la gente se había puesto violetas en el pelo. Ya todos reconocían a Esperanza, como a una especie de virgen, y a su paso le regalaban cadenas de oro broches y anillos.

Ella se bajó de la góndola, los besó, los abrazo y les prometió que pronto podrían regresar saludables a sus casas. Les pidió que tuvieran paciencia y resistieran, pues al resistir se volverían más inmunes a la enfermedad.

--¿Quién eres? --le preguntaron.

--Soy la hija de todo lo que principia y nunca termina

--¿Tú nos curarás?

--No --contestó--; encontrarán la cura cuando crean en ustedes mismos y no teman a los monstruos, a la muerte y a la soledad.

--Danos una esperanza --gritaron unos jóvenes.

--Les dejaré lienzos y pinturas para que empiecen a tener una ocupación. Hagan los trazos desde cualquier ángulo.

--Te queremos pintar a ti --gritó una mujer madura.

En cuestión de minutos, dibujó a Esperanza en un gran lienzo que colgó en una telaraña que había tejido la mujer araña de la feria, para sorpresa de todos, la mujer recuperó su cuerpo de joven normal.

--¡Milagro, milagro! grito la muchedumbre.

Antes de regresar a la fábrica de zapatos, Ernesto subió a la góndola de un joven moreno de ojos melancólicos, quien desfallecía. La lluvia cesó. Un cielo se dibujó en el firmamento,

UN JOVEN

Ángel pidió que lo dejaran solo con el joven de ojos melancólicos, moreno y con figura que recuerda a don Quijote. Se quedaron solos en un cuarto.

Ángel dio unos pasos hacia el este y otros hacia el oeste con las manos en el mentón. Conocía al joven, algunas veces, habían tomado pastillas que producen alucinaciones. Finalmente, puso sus manos en su frente, y empezó a hablar con él.

--Tú, Ignacio, tenías que ser tú. Te advertí que dejaras tanta hierba, tanta cocaína, tanta cochinada. Mira cómo estás. Yo lo sé, ni me digas cómo te sientes. ¿Crees que estás al final del laberinto, verdad? ¿Acaso piensas que el hombre con el hacha es tu verdugo? Tomó un espejo, se lo enseñó y continuó diciéndole: mírate, envejeciste 10 años en uno. Ya no eres un niño. Ni me digas que quieres actuar en telenovelas de maldito. En tu estado, no vas a poder actuar de nada. No me vengas con la excusa de que tus padres se fueron. Yo andaba contigo en lo mismo. Ya ves cómo termine sin esposa, sin hijos y destruyendo mi casa para encontrar tesoros. ¡Bah!, lo único que encontré fue mi mierda, sí, mi propia mierda, que tenía que aventar a la calle para olvidarme del hedor. ¿Sabes cuál será tu cura? La voluntad, levantarte y correr todos los días, sudar todo el veneno que ya te camina por las venas. Tú vas a repartir calzado en bicicleta, como mi padre lo

hizo de joven, y diario te hará un chequeo Esperanza con un detector de mentiras que le diseñé para ver si ya dejaste las drogas.

Ignacio corrió al baño y empezó a vomitar. Un sudor copioso le bajaba por las sienes. Así está mejor; ya estás echando la mugre para fuera. Ignacio le dijo:

--Me voy, manito, me voy.

--Nada que te vas.

Con unas varas de ortiga le pegó durante una hora para desintoxicarlo. Después, se quedó dormido. Ángel lo cargó y lo acostó en su cama; esa noche, Ángel no durmió.



29

Luis reflexionó largo rato en el crepúsculo, queriendo encontrar una solución a su vida familiar. De México, lo estaban buscando dos alemanes y le ofrecen un buen sueldo. Querían que Luis estuviera a cargo del departamento agrícola, pues conocía, perfectamente, lo referente al campo.

Dejar al pueblo era un reto, pero sería una nueva vida para ellos, alejados de un pasado doloroso. Sabía, de antemano, que sus padres y hermanos lo extrañarían, pero su pecho se hinchó, y su respuesta fue afirmativa.

Ese día, llegó a zancadillas a la casona donde por las noches se paseaban las monjas sin cabeza, según contaba la leyenda. Su madre lo miró como un gorrión a punto de emprender el vuelo, y supo que era el adiós. Doña Celia se encerró en su cuarto y recordó cada instante de su niñez y su juventud, los largos paseos al campo, la caza de garzas, las enormes fiestas con mariachis, lloró añorando el pasado. Tenía más hijos, pero Luis era su confidente, el administrador de los bienes de la familia, el mayor. Supo del dolor de las madres cuando sus hijos parten lejos.

Sánchez continuaba con sus delirios de grandeza, y se creía el hacedor de un nuevo mundo repartiendo mares, montañas y construyendo palacios a su alrededor. Cuanto más álgida estaba su mente, sufría de convulsiones y vomitaba bilis. Después, mal decía a todos los traidores por cuya causa su paupérrima vida parecía derribarse desde las alturas. En ocasiones, se cubría con su propio excremento el cuerpo para santiguarse. Sólo de vez en vez, continuaba con la construcción de la cruz

HERMINIA

Que la Virgen de Guadalupe bendiga esta casa y al pueblo. Dicen que el diablo anda merodeando en las alturas de un cerro. Un primo de mi amiga lo vio el domingo cuando se fue a pasear por el cerro después de misa. Ojalá y venga el señor Ángel y nos haga el milagro de librarnos del diablo, porque Ángel sí hace milagros.

El otro día, dio santo y seña de cómo encontrar a un desaparecido. El señor Ángel dijo que fueran al río, que llegaran frente al árbol de eucalipto y que buscaran por donde se mete el sol.

Yo quise ir a encontrarlo, porque quería verlo. Mejor me hubiera ido a la iglesia a rezar. Su compadre estaba todo hinchado, sin un ojo y con la piel como de pescado. Cuando lo sacaron del río, vieron que alguien lo había acuchillado varias veces. ¡Ay!, Diosito santo, qué cosas pasan en este pueblo.

Hoy me voy a llevar para mi casa algo de dinero, que al cabo mi patrona dejó aquí el monedero y se encerró con el loro.

Estoy en el cuarto de los recuerdos. Prendo velas a mi alrededor. Mi primera pasión vino a despedirse de mí. Me dijo que siempre me amara, pero que se iría a viajar por el mundo para seguir escribiendo poemas. Le pregunté si ya no se inspiraba en mí, y sonrió de lado a lado.

--¿Sabes?, doy un poco de lástima. Yo te enseñé cómo escribir poemas, pero nunca pude enseñarte a que me amaras --me dijo.

--No ---le supliqué—; no te vayas. Yo te quiero, como un amigo, ¿no es eso suficiente?

--No, no, para mí --dijo.

--Ya lo sé; te vas a buscar otro amor.

--Después de ti, se acabarán los poemas de amor --me dijo.

Vendrán otros poemas. Odas a la vida, a la joven milagrosa; poemas para Ernesto, tu hijo.

--Todo lo que proviene de ti me inspira, me motiva. Esperanza me diseñó estos zapatos de mago, y tengo metas que alcanzar. Mira lo que recibí hoy.

Era una beca al mejor poeta para ir a vivir y dar conferencias en América Latina.

Su mirada melancólica, como la mía, tenía esa luz de los que esperan vientos de cambio.

--¿Se irá la pasión por crear contigo? --le pregunté.

--Tú eres la pasión --contestó.

No sé cuánto tiempo nos miramos por última vez, pero su recuerdo estaría presente en cada metáfora, en cada alegoría.

Ya no había tristeza en nuestros corazones. Esperanza nos había transformado. Me regaló su colección de libros de poesía, y se fue, como la danza del tornado de Esperanza, esparciendo violetas.

Hoy se fue un amor de siempre.
Me dejó una despedida de violetas.
No dolió como debería.

Pero es que tengo muertes
que aún me sangran
en la noche herida
de un sueño eterno
que empieza y no termina.

Pablo, mi amigo, se sumaba a otra partida. Como el recuerdo también se desvanece, me pareció que iba en busca de otra vida, un sueño que sólo se aprende cuando despiertas y tienes una nueva oportunidad. Me entregó un libro de poesía titulado *Deseo de mar*. Me sentí muy honrada de que hubiera dedicado el libro a Esperanza. Una vez más, bajaron lágrimas por nuestras mejillas.

Miré a Esperanza preguntándole con los ojos si ella también se iría. Me abrazó, como una hija, y suavizando la voz dijo: tenemos que cantar juntas en la Scala, de Milán. Ángel llegó con la alegría en la boca.

--¿Qué creen que está pasando en el cementerio? Todos quieren construir sus casas ahí. Me pidieron cemento, tablillas, arena, grano, láminas, cal, tabicón. Es un notición. Parece que quieren hacerle un nicho a la imagen de Esperanza.

Ángel se frotó las manos. Nosotros lo miramos incrédulas.

Luis empacó la única maleta que llevaría a México. Su madre había preparado a sus tres hijos, quienes estaban muy contentos, porque su abuelito les había prometido que cada año los visitaría. Cuando llegó a casa de sus suegros, le ayudaron con los niños y él fue a buscar a Lupita, a esa Lupita sonriente y encantadora. Él la sintió verdaderamente suya, y ella le puso un dedo en la boca cuando él se disponía a pedir perdón.

Después de hacer el amor, miraron el alba y él la tomó del pelo. Tenía 18 años, y al día siguiente se casarían.

El doctor Contreras alcanzó a verlos cuando se alejaban. No quedaban reminiscencias de aquella pareja tan lastimada, a quien decidió ayudar, sin tener conocimientos prácticos de psiquiatría. Nunca cejó en su empeño y estaba agradecido con Dios por permitir sanar a la pareja.

Sánchez sangraba, copiosamente, en el trayecto de pueblo en pueblo, pues su objetivo era llegar a la cima de Cristo Rey. Su mente deteriorada lo hacía pensar que moriría como mártir y sería recordado por ello. Mas, en el pueblo, sus fechorías habían por fin convencido a la mayoría de que se trataba de un ser aborrecible. Don Carlos y doña Carmen esperaban que por fin se fuera lejos, porque sus palabras y sus actos habían envenenado el alma de muchas inocentes y merecía un castigo.

Sánchez esperó el amanecer para escalar la montaña. Caminaba en harapos. Tenía los ojos y los pies hinchados. Antes de llegar a su meta, cayó al precipicio y ni siquiera pudo aferrarse a la cruz. Intempestivamente, se oyeron las voces de pájaros de varias especies, y los carros alegóricos pasaron por el centro anunciando una gran fiesta.

Mi niña anda rete alborotada. Parece el fuego de seis soles. ¡Ay!, hasta viene y me jala la falda para enseñarme su vestido de novia. Me dice que se va a casar mañana otra vez. La verdad ni la entiendo.

Lo que sí levantó mucho polvo en el pueblo fue la destitución del padrecito, ese que anduvo hablando mal de mi niña. Dicen que se fue caminando cargando una cruz y que vomitaba sangre. Qué bueno que Diosito santo no lo trajo para acá. Mi niña se hubiera puesto otra vez mal. Lo vieron llegar hasta un cerro muy alto y desde ahí se dejó caer. Mi comadre dice que esos bajan por una escalera con filos hasta llegar al infierno. Bien se lo tenía merecido. Mi patrón está muy triste, pues su hijo Ángel ya se gastó su fortuna. Hoy vinieron a cerrar las fábricas de zapatos, Venía tan desolado que hasta se agarraba el corazón. Mi patrona se fue con él al rancho para reanimarlo. ¡Ay!, Diosito, ojalá no le dé otro infarto y entonces si me quedo sin trabajo.

El señor Ángel se fue cerca a buscar un tesoro, y encontraron un esqueleto de un ricachón con monedas de oro. Según él, tendrá dos clínicas para curar a los enfermos. Yo lo quiero, como a un santo, porque curó a mi comadre.

El señor Luis dice que se va a llevar a la niña lejos de aquí para empezar una nueva vida. ¡Ay!, cómo la voy a extrañar. Esta casa será una tumba. Bueno, a la mejor me traigo a mi comadre para que cuidemos aquí, mientras regresan los señores, que al cabo ni cuenta se darán.

Mercedes vino a comer con la niña y se rieron mucho; tanto que me acordé de cuando eran muchachitas. Voy a encender las velas, porque se fue la luz, no vaya a ser que se me aparezca algún espíritu.

Luis me acarició de una manera especial. Cuando me tocó, sentí que mi amante imaginario huía cabalgando con otra mujer. Mi esposo me llevó al balcón, donde me había dado mi primer beso. Miré su rostro y lo tomé con mis manos. El irrumpió en sollozos pidiendo perdón de rodillas.

--No quiero que sufras más. Mira, te traje tu vestido de novia. Experimenté una emoción en el plexo solar. Extendí las manos hacia el cielo. El viento se llevó mi pena.

Una luz blanquecina se filtró por mi ventana. Tenía una emoción desmedida. Esperanza me dijo que mi pueblo festejaría conmigo mi segunda boda con Luis. El cementerio estaba cambiado. La desolación ya no se reflejaba en el lago de las penas. La gente se quedaría a vivir en el cementerio en casas sencillas y humildes. La solidaridad los había transformado. Esperanza construyó un templo de piedra blanca, y trajo al obispo para que nos bendijera. Había recobrado mi fe. Mi madre cosió disfraces para los invitados. Padre y ella también renovaron sus votos matrimoniales. Mi abuela preparó un delicioso pastel de tres leches y en el centro colocó una figura de hostia con el Espíritu Santo en medio. La familia de Luis esparció guirnaldas desde mi casa hasta el cementerio y colocaron una imagen de Jesucristo.

Cuando terminó la fiesta, una luz dorada en forma de círculo surgió del pastel. Se extendía hasta el infinito. Le di la mano a mi querido esposo y nos fundimos con los astros, el cielo y las estrellas, Nuestros ocho hijos miraban complacidos cantando, con Esperanza y mis amigos, bellas melodías.